

BOLETIN DEL ATENEO

ÓRGANO OFICIAL DEL ATENEO DE MADRID

Montera, 22. Trimestre, 5 pesetas. Pizarro, 15.

SECCION

DE

LITERATURA Y BELLAS ARTES.

DISCURSO DE RESÚMEN

PRONUNCIADO POR

EL PRESIDENTE D. FRANCISCO DE PAULA CANALEJAS

EN LA NOCHE DEL 19 DE JUNIO DE 1877.

(Conclusion.)

Pero, ¡y el materialismo, y la incredulidad y el escepticismo! exclama el Sr. Amat con verdadera angustia, mirando la cuestion, no como artista, sino como creyente. Estados son naturales del espíritu humano, conflictos por los que todos pasan en la azarosa vida del pensamiento; pero lo pasado me responde del porvenir, que en todos tiempos resonaron esas negaciones más elocuentes y sutiles que ahora, más redondas y precisas; y sin embargo, la ciencia, el arte y la vida religiosa continuaron su severo y majestuoso desenvolvimiento, sin que murieran á manos de esos que, más que enemigos, deben llamarse hoy meticulosos y prudentes guías y exploradores. No se habian enfriado los restos mortales de Kant, y la ciencia se lanza como poseida de un vértigo, á cimas hasta

entónces inaccesibles del idealismo, y donde ha quedado para siempre la única y solitaria huella del atrevido viajero, del gran Hegel; no se habían apagado los últimos dias del voltarianismo, y se oían las lecciones de Cabanis, y el misticismo enervaba la inteligencia de Francia y Alemania. Nada mata lo inmortal, ni nadie atrofia la eterna vitalidad del espíritu humano. Hoy, como entónces, el escepticismo impondrá prudencia al pensador, y el positivismo enriquecerá la fenomenología, acaudalando materiales para una mejor y más cumplida construccion de las ciencias naturales; pero nada más.

¿Pero es religiosa la negacion de Dios y de la Religion? Yo no tengo noticia aún de negaciones religiosas en el campo del arte, ni creo la tenga la humanidad en las edades venideras. Si el ideal teológico de la edad semítica era insuficiente á los ojos del autor del libro de Job; si lo ha sido en la edad presente la doctrina providencial á los ojos de Schelley, Byron, Heine, Leopardi ó Musset, el caso enseña que la idealidad subjetiva se sobreponía al ideal histórico; pero el mismo desasosiego y desencanto, la angustia y el dolor que amargan las estrofas de sus sombríos cantos, revelaban una aspiracion no satisfecha hácia lo absoluto, y esa aspiracion es profundamente religiosa. Los idealismos vagos y calenturientos del subjetivismo lírico, atormentado, inquieto y ansioso de luz y de amor, ni por su origen, ni por su finalidad y objeto, pueden ser estimados como negaciones religiosas.

No hay más negacion posible en la esfera religiosa que la negacion fría y serena del materialismo mecánico y fatalista, y por las condiciones ingénitas de la fantasía creadora, esa negacion es imposible en el arte. Imaginad otro órgano, otra facultad; decid que el arte brota de la reflexion ó del sentido, no de la fantasía, que es idealizadora, aún en su condicion vulgar; imaginad otro hombre distinto del conocido para poder sostener, ó que el arte niega la religion, como dicen los materialistas, ó que la puede negar, como enseñan los tradicionalistas.

De aquí que no revista á mis ojos la importancia que le atribuían los Sres. Moreno Nieto y Amat la poesía humorística, ligera y conceptuosa, con que noveles ingenios satirizan

costumbres é instituciones religiosas, y mucho ménos las frases sarcásticas é irónicas con que, á manera de epifonema rebuscado, se terminan algunos epigramas, expresando amargas pesimistas y descreimientos juveniles. Las imitaciones de Heine, Leopardi ó Musset, el afan de la novedad, el deseo de guardar algunas de esas frases hechas que inspiran el desenfado social y la antítesis que enamora á la juventud, son las únicas y exclusivas causas de esa poesía fugitiva que citaba con terror el Sr. Amat; pero no expresa la muerte del sentimiento religioso, ni sirve para caracterizar á un siglo que corre delirante tras la verdad y la justicia. Si aquella violenta interpretacion de la enseñanza búdhica del Nirvanâ, que nos recordaba el Sr. Simarro, tuviera sentido humano y fuera el hombre capaz de pensar y sentir el no ser y de amar la nada; si la fantasía artística y creadora pudiera contemplar formas que expresaran la esencia de lo que no es, podríamos discurrir sobre la influencia del pesimismo en el arte; pero es vano y pueril entretenerse en hipótesis imposibles. Sólo como negacion de una idealidad histórica religiosa, y consiguiente afirmacion de otra más alta y perfecta, sirven y han servido al arte el escepticismo y el pesimismo, y en la esfera de lo cómico, en la sátira y por la ironía, concurren á la consecucion de los fines religiosos del arte.

No siendo el arte idea, sino forma; no concepto puro, sino realizacion sensible, no puede caer en las negaciones religiosas que temía el Sr. Amat. Si el arte fuera á la manera que lo explican los idealistas y los sectarios de Kant, podría desnudarse de ese carácter religioso; pero siendo forma, en la que se transparenta y declara una esencialidad, esta suprema condicion de belleza trae necesaria é ineludiblemente el carácter religioso que es inherente á lo absoluto, á lo eterno é inmutable. Mientras no se demuestre que el arte sólo realiza lo agradable y se rige por el gusto subjetivo y voluntarioso, no es dable negar su carácter religioso, y la conciencia y el sentido comun rechazan los groseros errores de Krug, Sulzer y Eberhard, los más afamados de los doctores de la escuela pura kantiana.

Separen los ojos los Sres. Amat é Hinojosa de rarezas y extravagancias humorísticas, y contemplen el cuadro general de la vida y de la ciencia moderna; atiendan á que las mismas escuelas materialistas y escépticas renacen con un carácter muy diverso del groserísimo que revistieron á fines del siglo pasado, reemplazando las pasadas negaciones, con dudas y concesiones prudentísimas, como las que hemos escuchado á los Sres. Revilla y Simarro en estas controversias; comprendan que esas dudas y esas reservas son victorias del realismo religioso, que inspira al siglo, y se acallarán sus temores y sobresaltos, y mucho más si, como el asunto lo requiere, piensan la religion en sus conceptos eternos y primarios, sin confundirlos con vestiduras históricas.

¿He de decir yo lo que pienso sobre el porvenir de la poesía religiosa, y acerca de las demas cuestiones suscitadas por el Sr. Sanchez Moguel, y que dieron ocasion á los brillantes ensayos de filosofía religiosa de los Sres. Canalejas, Reus, Moreno Nieto, y á las oportunas y discretas observaciones del Sr. Simarro? Declarados quedan mis juicios en los puntos discutidos; pero el tema es de interes para críticos y artistas, y no puedo olvidar que estas discusiones tienen un fin didáctico, y ejercen una influencia creciente en la opinion.

Sin otra excepcion que una muy sensible, los oradores han expresado su profunda y arraigada conviccion, respecto á los gloriosos destinos que aguardaban á la poesía religiosa, ya porque el sentimiento religioso es el fondo del sentimiento humano, ya porque la ley religiosa es eterna como Dios y eterna la accion providente y amorosa de Dios sobre el mundo, ya porque la ciencia y la historia en su rapidísima marcha, despiden á cada paso destellos que iluminan y encienden las creencias y los sentimientos religiosos. La religion es eterna; es y será miéntras existan Dios y las criaturas. Sus destinos, por lo tanto, están fuera y léjos de los accidentes, de las desapariciones y contingencias, que nos obligan á dudar del porvenir de lo humano y de lo terreno. Tales son las declaraciones de la ciencia y de la vida, de la razon y de la conciencia: y no lo imagino ó lo creo, sino que lo conozco y lo sé.

El arte es asimismo eterno, como es eterna la religion, y es una manifestacion inmediata de Dios, de manera que ha sido, es y será la eterna é inseparable compañera de la Religion. Como la Religion, el arte es inagotable, infinito, con eterna actividad. Absoluta es la Religion y absoluto es el arte, y las formas históricas orientales, clásicas y románticas, simbólicas y reflexivas, de la misma manera que las vedantinas, mono-teistas y antropomórficas, no son más que estados históricos, pasajeros y limitados de la revelacion eterna, que se cumple de infinito en infinito, y por eternidad de eternidades.

Contemplando el encadenamiento admirable de estas edades y de estas revelaciones, el artista considera y considerará la Religion cristiana como la religion absoluta de la humanidad, segun había dicho el gran Hegel. El cristianismo contiene en sí las grandezas de las pasadas religiones, superadas y fecundadas por nuevas y más gloriosas grandezas; y no sólo resume la hermosura de la ciencia, de la vida, de la naturaleza y de los cielos de las pasadas revelaciones, sino que las concierta y hermana, de manera que viven, con sublime unidad, lo pasado, lo presente y lo futuro.

Pasaron ya los dias de las funestas profecías sobre la muerte de Dios y la desaparicion de las religiones y los próximos funerales del cristianismo. Equivalen á profetizar que, ó se extinguirá el oxígeno, ó se asfixiará la humanidad. Los estudios de metafísica religiosa, de igual manera que la ciencia de las religiones comparadas, han demostrado que se trata de una ley y de un hecho eternos, absolutos.

Pero, ¿aparecerá una nueva religion? ¿Se cumplirá un renacimiento religioso? Este renacimiento, ¿será cristiano? Los más de los oradores se inclinaban á estas esperanzas, y el señor Moreno Nieto, elocuentemente, anunciaba una profunda y universal restauracion del sentimiento cristiano, y por ende un glorioso florecimiento de la poesía religiosa, debidas ambas cosas á un mejor y más fecundo maridaje entre la Iglesia y la civilizacion moderna. Con más severidad para con los tiempos y la vida de la edad moderna, afirmaban otros la victoria del dogma de la Iglesia católica por la conversion y el arre-

pentimiento de las civilizaciones modernas, y entreveían gloriosos destinos para el arte; pero despues de la absolucion del siglo por la única autoridad que en su juicio perdona los pecados de los hombres y de las civilizaciones.

No espero nuevas religiones, porque he recordado que la ciencia moderna, que se ocupa de algo más que de la fenomenología, ha repetido que el cristianismo es la religion absoluta de la humanidad. Pero es hoy necesario considerar con atencion y profundo estudio la biología, el desarrollo, el crecimiento y destinos de la verdad cristiana hace diez y nueve siglos. ¡Diez y nueve siglos son poco más que un día en la historia de una religion, y mucho ménos en la historia de la religion absoluta de la humanidad! ¡Cuántas veces ha resonado en la historia moderna, desde el siglo XII, la desgarradora exclamacion de: el Redentor ha venido, pero la redencion no se cumple!

La filosofía de la historia nos demuestra que apénas da hoy los primeros pasos el cristianismo en la infinita historia de su vida, y los hechos severamente quilatados, enseñan, ya recogiendo los de la historia eclesiástica y política, ya los de la teológica y litúrgica, que los diez y ocho siglos transcurridos, y aún el que corre, no han sido bastantes siquiera para resolver y fijar las relaciones del cristianismo con la vida antigua, con la ciencia antigua, con el arte de la antigüedad, con el derecho y con las instituciones de griegos y romanos. Es la edad que transcurre, edad de preparacion, de anuncio y de educacion para el cristianismo, sin que los sucesos de estos diez y nueve siglos hayan permitido más que vislumbres de la esencialidad de la Religion, ni hayan dado más que presentimientos y esperanzas á la vida histórica y á la fantasía de los artistas.

No discutamos, porque sería ocioso, si la política del Pontificado y la constitucion y disciplina de las Iglesias griega y latina, y los emperadores y los reyes tuvieron culpa y fueron causa de este oscurecimiento de la esencialidad cristiana durante veinte siglos. Esas y otras son las causas; pero lo que importa es consignar el hecho y contestar con el hecho á los

que presumen haber visto ya en la historia la desaparicion del cristianismo, y á los que pretenden formar el horóscopo de la Religion cristiana.

Una faz histórica, puramente histórica del cristianismo, en la que no se ha expresado pura la esencialidad religiosa; la historia puramente política del cristianismo en sus luchas y oposiciones con intereses mundanos y sociales; la historia, en una palabra, de sus controversias, victorias y derrotas con el espíritu greco-romano, causó, sin embargo, los gloriosos esplendores de la leyenda eclesiástica, de la *Divina Comedia* y del drama calderoniano. ¡Cómo presentir las maravillas del arte religioso, cuando la vida sea enteramente cristiana!

La verdad es, señores, que aún no es cristiana la vida; que aún fermentan en la sociedad, en el hogar doméstico, en la conciencia individual, idealidades científicas, morales y religiosas de otros tiempos con su primitivo antagonismo, al ideal cristiano. Aún no es cristiana, sino ascética y mística la consideracion general de la naturaleza; aún no es cristiano el amor del hombre al hombre; aún no es cristiana la familia, sino romana ó germana; aún no es cristiana, sino estóica la noción del derecho que vive en nuestros Códigos; aún no es cristiana la teología racional que peca por platónica ó aristotélica con profundos y desconsoladores dualismos, y no es cristiana aún la concepcion de lo divino, y apenas comienza el día en que la ciencia libre de casuismos, probabilismos y desesperados misticismos, se atreve á penetrar en el santuario de lo santo, en el conocimiento de las esencias divinas. Aún resuenan en los oídos, como temeridades revolucionarias, la invocacion á la igualdad y á la fraternidad; aún no es libre el arte ni cesan de acosarle ideales históricos, impuestos y violentamente estampados en la conciencia por una abrumadora pesadumbre de veinte siglos; aún no alborea la luz cristiana... ¡y los que blasonais de religiosos, temeis decadencias y consentís en hablar de renacimientos del espíritu de Cristo!

El cristianismo crecerá, declarando cada vez más la esencialidad divina en las futuras edades, que verán el reinado de la libertad en todas las esferas, y en todas las aspiraciones del

alma humana. El arte irá, cumpliendo con los destinos que le impone su naturaleza, íntimamente asociado á estas grandezas, reflejando esta santa, pero segura, providencial y divina revelacion de la esencia religiosa, y el artista, cerniéndose sobre las oposiciones y exclusivismos históricos de iglesias griegas, romanas, protestantes y racionalistas, que se desvanecerán y refundirán como se desvanecieron en la historia otros no ménos intensos, buscará y encontrará en Dios y en sus esencias la belleza absoluta, que ha de reflejarse en sus cuadros y en sus templos, en sus himnos, en sus sinfonías, en las bienaventuranzas todas que engendra la hermosura.

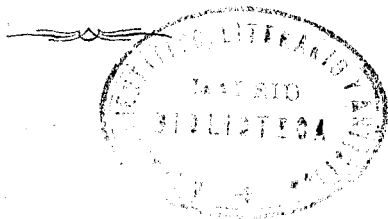
La verdadera crítica, que es libre y no enseña ni debe enseñar las preocupaciones de ninguna escuela filosófica, ni de ninguna secta religiosa, que busca sólo la belleza, y en la belleza encuentra ley, cánon y regla, exigirá sólo al artista originalidad, de suerte que declaren las obras del genio ideales propios, hijos de la fantasía creadora, no imágenes de ideales extraños á su personalidad y á su genial contemplacion. En la division portentosa de los géneros poéticos religiosos, toda belleza encuentra puesto y lugar; pero en las sencillas oraciones y candorosos y tiernos villancicos que expresan el pristino movimiento religioso del alma, y en las elevaciones místicas de Jerson ó Santa Teresa, Pellico ó Manzoni; en la endecha popular que refleja un apasionamiento devoto, y en los épicos y olímpicos bosquejos de lo infinito de Gœthe, Soumet ó Víctor Hugo, pasando por las formas del infinito amor de María, por las esplendentes iluminaciones del Verbo de Dios y por los éxtasis filosóficos ó ascéticos, debe campear la libertad de la fantasía, sin encadenarla nunca á formas preconcebidas, á símbolos y alegorías de cultos y ritos. Así, y sólo así, será el arte independiente y libre; sólo de esta suerte, y cumpliendo este consejo, se alimentará con la purísima esencia de la belleza, que es absoluta y eterna y flamea en lo infinito, exenta de toda limitacion, y sólo así crea el genio á imitacion de Dios, sacando de la nada la hermosura.

La creacion artística que reúne estas condiciones es un osento, un prodigio. Llena, y con plenitud riquísima, la crea-

cion artística ha de mostrar en su variedad, en sus miembros y partes, en sus accidentes y en los vínculos que los enlazan, las más y si es posible todas las bellezas religiosas, que han inspirado al espíritu del hombre y ha de ser tan esencialmente una, que no le sea posible al espectador ó al oyente perderse en la contemplacion de lo vario, por repercutir y vibrar en cada una de sus fases la nota cardinal, á la manera del motivo primero de una gigantesca sinfonía.

La crítica debe pelear sin descanso en pro de la libertad y de la independendencia del arte. La crítica aplaude y debe aplaudir toda inspiracion religiosa, hermosa y pura, por parcial ó fragmentaria que aparezca, aunque proceda del orientalismo ariano ó semítico, hebraico ó arábigo, de las liturgias latinas ó greco-orientales como de las heterodoxias y ortodoxias de las Iglesias modernas ó de los teismos racionalistas, con tanta más razon, cuanto que debe dudarse que hayan verdaderamente pasado para las bellezas religiosas; pero aconsejará siempre al artista que surja y contemple frente á frente la infinita concepcion que han creado todas las religiones, las teologías, las artes y las historias de cincuenta siglos, y los engrandezca aún con inspiraciones más puras y más cercanas á lo divino, para que las gentes reconozcan y confiesen es el poeta nobilísimo sacerdote y sea á todos manifiesto, que es la poesía religiosa, eterna, solemne y eficaz revelacion de lo absoluto en la vida espiritual de la humanidad.

HE DICHO.



DISCURSO

PRONUNCIADO

POR EL ILMO. SEÑOR DON JOSÉ MORENO NIETO

EL DIA 8 DE NOVIEMBRE DE 1877

EN EL ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO DE MADRID

CON MOTIVO DE LA APERTURA DE SUS CÁTEDRAS.

SEÑORES:

El año anterior, en ocasion análoga, tratando de juzgar los varios sistemas filosóficos que se habian engendrado del movimiento contemporáneo, hube de hacer calorosa impugnacion de las escuelas escépticas y de la panteista y la materialista, y preguntándome cuál era el que representaba la direccion en que debia en adelante moverse el pensamiento y el que contenia los elementos de la verdad filosófica, hube de contestar, y tal es mi profunda conviccion, que ese sistema es el espiritualismo.

Pero no basta haber resuelto la cuestion propiamente filosófica, quiero decir, la que se propone indagar y declarar cómo es el sér, cuál es su esencia y cuáles las leyes de su vida, todo segun modo permanente y eterno, y en el terreno de la razon: no basta haber afirmado lá existencia de un Dios personal absoluto é infinito, y la espiritualidad del alma humana, y la presencia de un órden moral, y que al término y como remate de la presente espera á los hombres otra vida, que em-

pieza más allá de la tumba: al lado de estas cuestiones, y aún sobre ellas, está la llamada cuestion religiosa. La razon filosófica, la ciencia del libro, la de la escuela, la de la tribuna, acaso no da para las preguntas que esa cuestion temerosa entraña soluciones satisfactorias: de todos modos, es menester dirigirla esas preguntas y ver de una vez qué contestacion da hoy ó anuncia el siglo xix: el alma espera con ansiedad la respuesta.—Dado que existe un Dios personal y en este mundo sublunar un sér que llamamos hombre, ¿qué linaje de relaciones existen en su vida: interviene Dios en la del hombre como providencia: nos muestra la historia del pasado, la presencia de Dios en la historia universal? ¿Se ha revelado al hombre la verdad religiosa: se ha manifestado especialmente en alguna grande época? El cristianismo, esa religion que hace más de diez y ocho siglos viene recibiendo la adoracion de los hombres, ¿es una religion divina: es ella una revelacion directa y positiva de Dios? Sus dogmas, sus enseñanzas ¿contienen la verdad religiosa y la verdad moral absolutas?—La ciencia hace mucho tiempo viene desenvolviéndose fuera de las vías cristianas. De las escuelas filosóficas, unas condenan el cristianismo como siendo el error y el mal; otras, pareciendo que le aceptan, le desfiguran, y en hecho de verdad le rechazan, y aún aquellas cuyos principios se acercan más á las enseñanzas filosóficas cristianas, ó niegan ó no se atreven á afirmar lo sobrenatural, positivo é histórico, y niegan ó dudan sobre el carácter de salvador y mediador de Cristo, y sobre su carácter divino, negando así ó dudando del dogma central de esta religion augusta. Al mismo tiempo, las comuniones cristianas, que se separaron en el siglo xv y posteriores del seno de la Iglesia, han ido de negacion en negacion á una concepcion y doctrinas que hoy son plenamente naturalistas. Y bajo la influencia de estos hechos y de tantas negaciones, el espíritu se pregunta hoy lleno de ansiedad: ¿Estará destinada á desaparecer de los dominios de la razon y la conciencia la Religion cristiana? Si debe desaparecer, ¿qué religion será la que ocupe su lugar? ¿O es que habrá de realizarse un renacimiento religioso cristiano?

Veamos las causas que nos han traído á esta situación, y digamos los trámites y los momentos de esa historia, cuyo último término, cual se muestra á la hora presente, es una casi completa desviación de lo divino cristiano.

I.

Pues esta situación y estado general es el resultado de todo el movimiento de esa época que empieza hacia el siglo xv, en que el espíritu humano aspira á moverse y determinarse por su propia virtud y ensaya, abandonando la antigua, buscar una concepción nueva, hija de su propia y libre razón, y construir una sociedad y un mundo y realizar una vida por todo extremo diferentes, según los consejos y la inspiración de nuevos ideales.

El primer hecho en que se manifiesta ese impulso, y el primer movimiento que había de llevar á esa emancipación de lo antiguo y á la renovación de lo que existía, fué la revolución protestante. Y no porque ella apartara el pensamiento de la idea religiosa cristiana; que ántes bien pretendió seguirla fielmente y aún purificarla y vivificarla, y en lo que toca á la vida interior no buscó elemento alguno racional que tirase á dar al alma una dirección y sentido diferentes; pero como se levantó contra la autoridad de la Iglesia y proclamó la independencia de toda conciencia individual, fué desde luego un principio que venía á destruir ó á conmover lo que existía, y por fuerza y por esa virtud revolucionaria que entrañaba había de servir para producir ó si no para franquear el paso á nuevas maneras de pensar, y á la postre para apartar á los pueblos europeos de aquel orden que hasta entonces había sido el fundamento y la regla, no sólo de su vida interior, sino aún de toda su existencia y formas exteriores.

Más sentido de novedad trajo desde luego á la historia europea ese otro gran suceso que se llama Renacimiento. Este daba al pensamiento de las nuevas generaciones el espectáculo de una civilización diferente y aún opuesta á la civilización

cristiana. Porque era esa civilizacion, la clásica, bien lo sabeis, no nada austera ni mística ni dada á lo suprasensible y divino, sino naturalista, llena de movimiento, de libertad, de alegría, civilizacion en que el espíritu humano se daba en espectáculo á sí mismo y aspiraba al libre juego de sus facultades y al goce de los intereses y placeres temporales. Por una virtud ó dote especial, ó por una dichosa conjuncion de elementos y hechos históricos, esa civilizacion, aunque naturalista en su esencia y poco inclinada á la seriedad y trascendencia de la vida moral y religiosa, habia alcanzado el ideal de la belleza que logró encarnar en obras peregrinas y de perfeccion incomparable, poniéndole ademas como regla de su vida: por donde ofrecia al que la contemplaba un no sé qué de simpático y amable que despertaba enamoramiento y llevaba hácia sí suave y blandamente. Y sucedió que la Europa se apasionó de ese ideal clásico, y al ver una civilizacion distinta de la que habia dado de sí el genio cristiano, y que era ella de especial belleza y como expresion de eterna juventud, vió su sentimiento ladearse hácia esa antigua civilizacion, y se dió á una tendencia que no sé llamar sino tendencia libre y humana, y al culto de la forma, cosas todas poco conformes al sentido general de la vida cristiana. Es verdad que la revolucion no trascendió á lo más íntimo y esencial, verdad tambien que la renovacion que en las artes y las ciencias obró el Renacimiento no se produjo con carácter de hostilidad al cristianismo: se inclinó á ser sólo modelo de belleza exterior y á despertar el gusto tan puro y exquisito de los clásicos; pero aún con esto sólo cambiaba en ciertos órdenes la direccion del espíritu, estimulaba la curiosidad y despertaba la aspiracion á modos de desarrollo nuevos y diferentes. Por otra parte, la presencia de esa civilizacion era por sí sólo un cambio notable: aquella preocupacion de la edad anterior, segun la cual no se veia más allá de los tiempos cristianos sino barbarie y tinieblas, se desvaneció en gran parte, y la esfera de la historia y de la humanidad se agrandó. Dejóse por muchos de ser católico exclusivo para hacerse hombre, y se inventó un nombre, el humanismo, con que se designa una nueva tendencia, llamándose humanistas á cierta

clase de hombres, á aquellos que se nos muestran como los verdaderos iniciadores de las corrientes modernas.

Pero más acaso que la presencia y el espectáculo del mundo clásico, habia de apartar á la Europa de los senderos trillados el espíritu científico que empezaba á manifestarse por entónces. La escolástica habia secado el pensamiento, manteniéndole en las frias y heladas regiones de la especulacion, y allí, detenido como en inmenso desierto, secábase y se consumia en indolente ociosidad, ó si quereis, en infecundo y estéril movimiento. En los dias que ahora recorremos, un ansia de vida y ardor de progreso brotaba por todas partes, y el pensamiento, cansado de la especulacion y las abstracciones, volvíase hácia la pura y viva realidad cósmica. Ese mundo de la naturaleza, tan lleno de vida, de luz y de colores, desconocido de la escolástica, que se habia forjado un mundo de pura fantasía, queria conocerle en la infinita variedad de sus séres y fenómenos, desentrañando sus secretos y descubriendo sus leyes por medio de la observacion y la experiencia. Las ciencias astronómicas fueron las primeras en entrar en este camino, y las que hicieron mayores adelantos. Los sistemas de Tycho Brahe y Copérnico hicieron una revolucion completa en la manera de concebir el cósmos. En adelante no era ya la tierra el centro de todo, sino un pequeño planeta flotando en torno del sol y en medio del universo mundo. Por entónces el hombre, que merced al telescopio habia sondeado las profundidades del cielo, inventó la brújula, que habia de permitirle recorrer la extension de la inmensa mar. Colon descubre un nuevo mundo, perdido en las soledades del Océano. Vasco de Gama abre nueva ruta para el Oriente. Magallanes y Elcano, seguidos de intrépidos navegantes, recorren todas las zonas, dan á conocer ignotos países y extrañas gentes, y determinando la extension y la figura del planeta, abren á los ojos de la atónita Europa inmensos y anchurosos horizontes. No mucho despues habian de comenzar importantísimos trabajos, que fundaran y agrandasen las ciencias naturales.

Entre tanto la filosofía, la ciencia revolucionaria, ó si quereis, la ciencia de la crítica y de los ideales, preludiaba sus

nuevos destinos y anunciaba ya en recientes tentativas la evolucion profunda y radical que iba á producir en todos los ramos del saber. Al principio consagróse á la crítica de la escolástica, pero pronto convirtió sus miradas á mayores empresas. Hízolo en dos direcciones diferentes: la sensualista, representada por Bacon, y la racionalista, que empezó por los trabajos de Descartes. Una y otra llamaron á juicio lo que ántes habia creído y pensado la razon, y ponen despues á ésta en caminos y rumbos de descubrimientos. A pesar de esto, no rompen desde luégo con la tradicion y con los principios que por tiempos venian inspirando el pensamiento y la conciencia de la Europa, y hubo un momento solemne en que la filosofía, la verdadera, es decir, la especulativa, la que se refería á Descartes, se aplicó con singulares alientos á la renovacion y confirmacion de las doctrinas cristianas, momento en que tambien las ciencias naturales se esfuerzan en vivir en relacion fraternal con la Iglesia. Esto, como era fácil adivinarlo, no podia durar mucho: los vientos portadores de los gérmenes de las cosas futuras soplaban cada vez más violentos; el espíritu de la Europa seguía su camino; un secreto ardor trabajaba y removía las entrañas de la humanidad, y al acabar el siglo xviii estalla al fin aquella revolucion, que es la más grande, la más profunda y terrible que jamás presenciaron los siglos. La época era de renovacion universal, de crítica y de nuevas formaciones. Parecía que el hombre salía á una tierra ántes ignorada. Vagos deseos, oscuros presentimientos, anhelos poderosos, le empujaban y estremecian. El espíritu de la Europa, tomado como de delirio, se movía sin cesar, se agitaba, soñaba con lo desconocido. Y no era de lo sobrenatural de lo que se preocupaba, sino de lo temporal; y en vez de lo celestial, sólo buscaba en el porvenir una Jerusalem humana y terrenal. El cristianismo, que representaba lo antiguo y mostraba hostilidad, ó si no, desvío, á las nuevas corrientes, y que seguía hablando al hombre sólo de Dios, de la conciencia y la vida futura, y del pecado, la abstencion y la penitencia, era objeto de las burlas ó los desdenes de aquella generacion venida al mundo para demoler y trastornar, y para franquear el paso á

nuevas formas, á instituciones distintas y á ideales ántes desconocidos. Y fué él perseguido y escupido y pisoteado. Una corriente escéptica y de burlona impiedad alentada por frívola y sensualista filosofía, atravesaba la atmósfera, y personificándose en un hombre que unos veneran como genio bienhechor, y otros maldicen como un impío y un malvado, volvió sus iras contra la religion del Evangelio, y en medio de sangrientas burlas y de satánicos sarcasmos, pretendió arrancar de aquellas gentes hasta el gérmen de las creencias. Calmóse, despues, el encono y la ira contra el cristianismo, pero no porque volvieran á ocupar las creencias su antiguo puesto, sino más bien porque sucedió la indiferencia religiosa y la sociedad se entregó á la labor histórica que la señalaban los tiempos, dejando la Iglesia y la religion en la oscuridad y en el olvido.

A pesar de la impiedad y de la hostilidad al cristianismo, que caracteriza la indicada evolucion en la Francia y en los países que han vivido en la época moderna de su espíritu, y sentido su influencia; á pesar tambien de las ruinas que habian causado las tendencias sensualistas y escépticas de ese movimiento revolucionario, podia esperarse una saludable reaccion religiosa, en la esfera de la ciencia primero, y despues en la esfera de la realidad; porque al cabo esa obra parecia ser hija, más de la frivolidad y de un espíritu aventurero, que no el resultado de la ciencia severa, y representar, antes que el pensamiento esencial y definitivo de los nuevos tiempos, el carácter de un período revuelto y agitado. Despues de todo, ese movimiento, si daba una cierta manera de pensar, si engendró un determinado sentido, contrario y hostil á la tradicion religiosa, no dió, hasta que aparece más tarde el positivismo, una concepcion completa que pudiera reemplazar las antiguas grandiosas convicciones. Y como la humanidad no puede vivir sin una creencia ó sin una conviccion filosófica, era de suponer que renaciera al punto el eclipsado ideal, brotando de en medio de las ruinas; pero la filosofía seguia en otra parte su obra de destruccion religiosa; y creyéndose encargada ella sola en adelante de la cura de las almas, empezaba á elaborar,

en mil y mil sistemas, el que anunciaba que habia de ser el verbo de las nuevas generaciones.

II.

En Alemania es donde se cumple ese gran trabajo de la filosofía, que se ha levantado con la pretension de dar la profesion de fe que ha de repetir la humanidad por los siglos de los siglos; y Kant es quien le inaugura con su *Crítica de la razon pura*. Pues esa obra empieza proponiendo la duda universal, y al preguntarse qué hay de verdad en lo que la razon afirma de cuanto existe en los cielos y en la tierra, contesta, no con una afirmacion, sino con una interrogacion. Si una interrogacion, ó si quereis una duda, es la última palabra de esa tan renombrada obra, ¿podemos estar ciertos de algo? No, dice Kant: todo es pura exigencia de la razon del hombre; jamás ésta podrá elevarse sobre sí misma y afirmar la validez de sus juicios con absoluta certidumbre. Con especialidad en lo que toca al mundo transcendente de la metafísica y la cosmología, cuanto de él puede decir la razon está viciado interiormente por las antinomias, que obran de tal modo, que toda afirmacion queda destruida por una contraria; la cual, siendo igualmente valedera, anula y destruye la anterior.

Delante de la *Crítica de la razon pura*, punto inicial y vestibulo de la ciencia moderna, nada queda en pié, todo se transforma en pura apariencia, producto de la razon humana, no ciertamente caprichoso y arbitrario, pero que es dado forzosamente, por virtud de su propia naturaleza sin relacion con ley objetiva de las cosas. ¿Qué será para esta filosofía el cristianismo con sus dogmas, sus enseñanzas y sus creencias? Mejor dicho, ¿qué será toda religion? Nada. Todo dogma, toda creencia religiosa se desvanece cual vana sombra. Delante de ella no hay sino ruinas, dudas, negaciones; en ella sólo se ve á la razon preguntándose sobre el mundo y sobre sí misma, que niega el mundo y que á sí misma se niega.

Despues Kant, por una como inspiracion de la conciencia, quiere volver á crear el mundo que ha destruido, al ménos el .

mundo moral, y allí afirma realidades, y más ó ménos laboriosamente construye el reino de los espíritus, donde se ve aparecer al hombre con su libertad y su responsabilidad, y un órden moral donde se coloca á Dios, y en cuyo término se ve aparecer una vida futura, complemento de la que acá en la tierra cumplen los mortales. En ley de buena lógica, y para lá ciencia verdadera, una vez declarado válido y legítimo el resultado de la *Crítica de la razon pura*, de nada vale la razon práctica, porque si lo racional puro, si lo verdadero ideal no puede recibir una aplicacion transcendental, es decir, si ello no es real, y por tanto, no puede afirmarse, ¿qué valor ha de darse á lo racional que regula el órden moral? El carácter imperativo ¿muda acaso su naturaleza? ¿No será igualmente una exigencia de la pura razon con valor meramente subjetivo? Y por otro lado, si las verdaderas realidades, es decir, Dios y el hombre desaparecen, ¿qué valor ha de concederse á las relaciones que son dadas para la vida del espíritu, y que no son en buena y sana filosofía concebibles sin esos seres? Pero, en fin, puesto Kant por un sofisma en el camino del sér y de la afirmacion, él desenvuelve el órden moral con alto sentido y presenta enseñanzas que pueden contarse entre las más valiosas del racionalismo contemporáneo.

Desde ese nuevo punto de la razon práctica, juzga Kant el cristianismo.

Su sistema religioso y su interpretacion de la Religion cristiana, no es, en puridad, sino lo que en Alemania y en el lenguaje de los escritores protestantes se llama el moralismo. El cristianismo se ve reducido á ser mero simbolismo de ideas y conceptos morales, conjunto de prácticas y medios útiles para la elevacion del hombre. ¡Pobre concepcion de escritor racionalista que no conoce la grandeza de la Religion cristiana, digamos más, que ni ha penetrado en las profundidades de la conciencia, ni sentido y escrutado las grandes necesidades de la vida religiosa! Kant da en los pasajes y lugares á que he aludido, el primer ejemplo de esas interpretaciones arbitrarias de las enseñanzas y dogmas cristianos, de que despues hemos de ver repetidos y lastimosos ejemplos.

En esta misma direccion subjetiva, Fichte, al determinar la realidad, hízolo, como sabeis, afirmando y poniendo solo él sujeto pensante, y negando toda objetividad fuera de él, cuya doctrina lleva consigo la negacion del hecho religioso, ó si decimos, de la verdadera ley moral y de toda conciencia y vida religiosa. Sin embargo, en la instruccion para la vida bienaventurada, se elevó á la idea de una norma objetiva y á la concepcion de la religion como union de lo finito y lo infinito, y encontrando esta union expresada en Jesús de una manera más completa que en otra persona humana, dió el cristianismo, el que resulta del Evangelio de San Juan, como el ideal moral y religioso de los hombres.

Por lo que he indicado sobre estos dos célebres escritores, puede conocerse que unos y otros comprendieron el problema religioso que se imponia desde luego á la razon moderna, y aún añadiré que se ocuparon de él, no con aquella frivolidad de que habian dado tan tristes muestras los filósofos franceses de la pasada centuria, sino con la seriedad que dicho problema exige, por lo cual sus trabajos merecen un puesto señalado en la historia de la cuestion religiosa; pero dicho esto, debo tambien declarar que ellos empezaron á emplear, y recomendaron con su ejemplo, ese método funesto que consiste en tratar el cristianismo desde las alturas de la razon filosófica como un hecho meramente humano y concepcion inferior y subordinada al pensamiento crítico actual, y en desfigurarle, convirtiéndole en otra cosa que lo que él significa, y es, en verdad, segun el sentido de la Iglesia y de la conciencia cristiana.

En ese funesto camino continúa, y lleva las cosas hasta un punto verdaderamente extraño, aquella direccion especulativa y sintética que se produce en la filosofía alemana en la época de Schelling. Este escritor parte del error fundamental de querer deducir el cristianismo como un hecho racional; cuando él en realidad descansa principalmente en hechos históricos, y no puede construirse por el método especulativo empleado por dicho filósofo. El pecado original, la redencion, ved sus hechos principales. ¿Pueden ser deducidos por la especulacion aquel hecho tristísimo, y este otro augusto y memo-

nable? Para Schelling, la caída es el acto de salir de sí lo absoluto, descendiendo á ser lo finito, y la redención el acto de ese absoluto, que ascendiendo se manifiesta, y une y encarna, por incomprensible operacion, en lo finito. ¿Y es esto hacer filosofía cristiana?

Por otra parte, consiste la esencia del cristianismo, en que pertenece al orden moral y á la vida religiosa, y no es sólo ni principalmente una teoría ontológica ó cosmológica, como lo es el cristianismo de Schelling. Para el verdadero cristianismo, el hecho moral es lo principal: él dirige sus palabras á la conciencia. No sería el mismo, no cumpliría su obra, sus historias, tan llenas de unción, perderían su virtud sobre las almas desde que el sentido supremo de ellas fuese otro que el de la clemencia y el amor. Sin esto, como dice un crítico extranjero, podría haber hecho milagros, pero no cambiar las voluntades ni sanar los corazones. En Schelling no hay nada que tenga carácter moral, nada que toque á la esfera interior y á la conciencia religiosa. El absoluto y su evolucion, ese es su sistema; y el cristianismo es ese mismo sistema á que despues se pone por nombre, ó, si vale la frase, por mote, la etiqueta de cristianismo. ¿Y cómo había de ser esa palabra en Schelling otra cosa que un mote y una mistificación? El cristianismo, aunque, como hemos dicho, sea principalmente un hecho del orden moral y religioso, descansa en una metafísica. Ahora bien; ¿qué tiene que ver el absoluto de Schelling, pura unidad ideal, posibilidad pura, principio de indiferencia y germen abstracto en que se contienen los contradictorios, el cual, determinándose, va haciendo evolucion y ascendiendo ó circulando por los varios seres y formas del universo, con el Dios personal del cristianismo, acto puro, sér infinito que vive por la eternidad en la intimidad de su sér, y que saca de la nada todas las cosas? ¿Qué puede haber de comun entre el mundo moral de Schelling, movimiento de la fuerza universal, que se desarrolla en un proceso oscuro y fatal como energía universal, con la concepcion cristiana del mundo de los espíritus en que éstos realizan la ley moral y actúan su vida como individuos responsables y libres, y no sólo para manifestar y ayudar

á la fuerza cósmica, sino para hacer su propia obra y cumplir sus destinos?

Hegel continúa la obra de Schelling, y en sus obras hállase una construcción más libre, más caprichosa y más absurda del cristianismo. Aquel racionalismo absoluto, que en la razón el hombre forma por su sola virtud el mundo todo, los cielos y la tierra, lo humano y lo divino, trata libremente del cristianismo; y así como hace salir la naturaleza y el espíritu de aquella fantástica y fría evolución de la idea, pone nuestra religión augusta en su corriente, y la somete á su proceso y á las inflexibles leyes que le rigen, y da nombres sagrados á los raros engendros de su sistema. Ved cómo muestra lo que dice de la Trinidad: « Como la idea, al realizarse, se manifiesta á sí misma y se une á sí en su objetividad, Dios es necesariamente Trinidad. Dios es el ser general, el pensamiento, que es la sustancia de todas las cosas, y, como tal, es el Padre. Pero este pensamiento no es una generalidad abstracta; él tiene un contenido que se particulariza, él se representa en otro y se hace pluralidad de ideas. Este otro es el Hijo, el logos, el lugar de las ideas, donde Dios se hace mundo inteligible, reino del pensamiento: es la eterna producción del Hijo. Mas Dios vuelve eternamente á sí mismo, á su unidad; y en este retorno á sí, Él es espíritu individualidad, personalidad absoluta. » ¡Ah, señores! este cristianismo de Hegel es un horrible sarcasmo, un inmenso sofisma, por no decir repugnante mentira. Después de haber fascinado á muchos espíritus, si generosos sobrado cándidos, vino un escritor que puso en claro, y en toda su fea desnudez, el contenido y la sustancia del mismo. Feuerbach hizo ver que el fondo del idealismo absoluto, lejos de ser el cristianismo, era la impiedad, y que de él, lo que podía y debía de salir era el humanismo; del cual otro escritor, por un desarrollo, que él llamaba lógico, sacaba el egoísmo absoluto. Ya, antes de esto, la obra de Straus había sido una revelación.

La verdad es que la filosofía especulativa propagada por Schelling y Hegel, era un racionalismo, no crítico y subjetivo como el de Kant, sino dogmático y objetivo; pero tan abso-

luto, y más, si cabe, que el proclamado en la *Crítica de la razón pura*, por donde había de ejercer una acción disolvente sobre las creencias religiosas. La verdad es, además, que ese racionalismo entrañaba una concepción panteísta contraria por todo extremo al espiritualismo cristiano, y que forzosamente había de tender á negarle y destruirle.

Lo que importa notar es que ese racionalismo, el de Hegel sobre todo, que eclipsó á su maestro, como cambió la dirección de la ciencia, cambió también los términos y los elementos de la cuestión religiosa. En la dirección hegeliana dicha cuestión no se pone de un modo formal y crítico, ni se resuelve en forma negativa, como lo hicieron las escuelas sensualistas, y aún la misma de Kant, sino que toma rumbos diferentes. Dios, ó el espíritu absoluto inmanente en el mundo, se desarrolla en él, y en la esfera del espíritu se manifiesta bajo varias formas, y una de ellas es la religión. La cual, por ende, es tomada como un producto del espíritu, como un momento de la evolución; momento que viene en su día y en su hora, y que dura hasta que llega la filosofía á dar al espíritu la forma más adecuada á su esencia.

Semejantes principios, que son la negación del Dios personal y de toda revelación exterior y transcendente, penetraron en la ciencia contemporánea, y determinaron el sentido y la doctrina positiva de la filosofía alemana, lo mismo que en las demás partes en la que se refiere al orden religioso. La *Vida de Jesús*, de Straus, no es más que la aplicación de la doctrina de Hegel al problema cristiano. La escuela exegética de Tubinga continúa y desenvuelve los puntos de vista fundamentales de dicho sistema, y el movimiento que se ha cumplido posteriormente en torno á la cuestión religiosa, ora en el seno de las comuniones protestantes, ora en el de las escuelas filosóficas, puede estimarse como la determinación sucesiva de la idea hegeliana, que llega en nuestros días á la absoluta y franca negación del elemento divino encerrado en el Cristianismo. En lo que toca á las escuelas filosóficas, el resultado viene al punto, como era natural; en la dirección teológica y religiosa, la evolución tiene sus desviaciones, sus titubeos y sus

momentos de vacilacion, y aún de parada; pero va poco á poco creciendo, y hace algun tiempo ha tomado una marcha rápida, que lleva el protestantismo á toda vela, y con irresistible movimiento, al más resuelto naturalismo. Fáltanos apreciar rápidamente este movimiento protestante, para llegar á las cuestiones que planteé al principio.

El protestantismo, rompiendo con la autoridad de la Iglesia, y poniendo en la razon individual el criterio y resolucion de las creencias cristianas, proclamaba un principio, que llevaba escondido en su seno el racionalismo. Pudo la excitacion religiosa, provocada por esa herejía, retrasar por algun tiempo la aparicion de este fenómeno, y aún obrando ella con inconsecuencia, hubo de reemplazar los dogmas del catolicismo con símbolos redactados por las distintas comuniones, las cuales iban salvando los restos de las verdades cristianas; pero al fin la lucha religiosa que sostenia el ardor de la creencia se apaciguó, y al entrar en el período de renovacion que empezaba en el siglo XVIII, el principio del libre exámen debia dar sus frutos, y concluir despues de más ó ménos tiempo, y de esfuerzos más ó ménos eficaces, en la disolucion del protestantismo.

La crisis empieza al fin de la pasada centuria. El espíritu humano sintióse en la Alemania como en Francia, excitado y removido por febril estremecimiento. Lessing y Herder agitan ante sus ojos el ideal de la humanidad, con todas sus promesas y sus risueñas esperanzas: los trabajos de Reimarus, el escéptico, acompañados del volterianismo que habia pasado el Rhin, patrocinado por el rey filósofo, llevan á todas las regiones la duda y el escepticismo religioso. No podian escapar á su influjo las creencias de las sectas protestantes, y viéronse pronto trabajos en cuyas obras la crítica empezaba á minar todos los dogmas. Semler es el que abre la serie de estos escritores. Este exégeta trata ya con libertad y crítica intencionada los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, y sin negar en absoluto su valor normal para la creencia, rechaza de ellos cuanto no ofrece valor verdaderamente religioso y universal. Por lo cual, y por las miras bastante escépticas con que se

consagra á la cuestion de origen y autenticidad de los libros sagrados, y la polémica violenta contra algunas de las que fueron siempre para los cristianos grandes autoridades, puede decirse que franquea el paso al radicalismo teológico. En esta direccion continuaron algunos autores protestantes, entre los cuales merecen señalarse Eichorn y Ernesti. Entre tanto la filosofía crítica de Kant removía los grandes problemas, y aplicaba los procedimientos racionales á todos los órdenes del conocimiento y de la vida, y la razon ganosa de lo absoluto, se lanza en alas de Schelling y de Hegel, á todas las temeridades de la especulacion. El protestantismo habia de ver desvanecerse sus doctrinas ante las grandiosas y gigantescas construcciones de la filosofía de lo absoluto. Y así fué: débil por su constitucion y su temperamento, y por el carácter de su doctrina, ha ido eliminando, depurando, sustrayendo las afirmaciones ó realidades cristianas que la tradicion de la Iglesia habia conservado, y ya se ha casi fundido en el racionalismo. No lo ha hecho, empero, como lo indicamos ántes, sin luchas y sin ansiedades, y sin una serie de ensayos que dan cierto interés trágico á esta agonía de las comuniones protestantes.

El esfuerzo más notable hecho en este sentido, es decir, en el que se ha llamado de conciliacion entre la religion y la ciencia, es el que se debe al gran Schleiermacher.

La tarea de Schleiermacher consiste en hacer independiente de la ciencia la vida religiosa, trayéndola al sentimiento como su raíz y fuente principal, y en hacer ver que el cristianismo ha dado la forma más adecuada á este sentimiento engendrando por ella una conciencia religiosa incomparable. Schleiermacher considera el cristianismo más que como dogma ó conjunto de dogmas, como una vida que se realiza, y esa vida que eleva y perfecciona la humanidad penetrándola de lo divino, saca, segun él, su eficacia y efecto santificante de la accion que ejerce en la comunión cristiana el ideal de Cristo, autor y creador de esa obra que redime la humanidad. Partiendo de estos datos, él se esfuerza en afirmar el cristianismo desde el punto de vista de su virtud santificante y su influjo salvador, y tratando de probar por su propia experiencia interna que es

la religion absoluta, la da á los hombres como eterno ideal, que jamás podrá sobrepujarse.

Esta gran concepcion del profundo teólogo protestante padece del vicio de suprimir en la esfera religiosa el elemento ideal objetivo, sin el cual el sentimiento no puede sostenerse ni acalorarse la conciencia, y de haber suprimido en su doctrina cristiana, consecuente con este punto de vista, aquel elemento sobrehumano que venia formando su esencia y dándole eficaz poder para elevar á las almas. Así, ved lo que resulta en esa concepcion: el hombre que sube hácia la religion de las cosas divinas sin Dios alguno que descienda hasta él: el hombre que ora y dirige plegarias sin un sér que le escuche: el hombre que cae, se extravía y se pierde, y ninguna intervencion milagrosa de un Dios de misericordia: un Salvador humano sin una encarnacion del Verbo eterno y en el Gólgota ninguna expiacion.—Y sin embargo, la piedad de Schleiermacher es tan íntima y tan acendrada, su sentimiento religioso tan profundo y de tan cristiana elevacion sus máximas morales, que el efecto que produce la lectura de sus obras religiosas ántes sirve para avivar que para amortiguar el sentimiento y áun la creencia cristiana. La disposicion de su alma es siempre de profunda simpatía hácia la idea cristiana y hácia la persona de su fundador: así, en aquel momento en que él ejercia su apostolado religioso, sus ideas ofrecieron un como refugio á las creencias que se veian amenazadas en el seno del protestantismo de próxima y definitiva ruina.

Al calor de esta manera de pensar, que produjo honda sensacion en Alemania, vióse á algunos escritores que se esforzaban en sostener el prestigio y la vitalidad de las creencias cristianas, y áun con referirse á Schleiermacher procuraban conservar el elemento sobrenatural más que éste lo habia hecho, dando á la Biblia autoridad soberana y normal en todo lo que toca á la conciencia. Tal sucedió con Nitzs, Twesten y Uhlman.—Y áun por contraste con la corriente radical y racionalista, se produjo en aquella sazon un renacimiento de la ortodoxia luterana, que apoyada por los poderes oficiales y sostenida por hombres de la talla de Herstenberg y Stahl, llegó á.

constituir un movimiento que parecía prometer cierto florecimiento religioso. Pero esta restauracion, á pesar de haberse producido con estrépito, no nació vividera, y convertida más bien en hecho político, no fué poderosa á detener la marcha triunfante del espíritu crítico racionalista que seguía su obra de destruccion religiosa.—Todas las esperanzas de las almas sinceramente piadosas se fundaban en la direccion abierta por Schleiermacher; pero esta tendencia, si podia aplazar el naufragio completo de las creencias, no podia salvarlas completamente, y en el fondo ella misma encerraba un principio de negacion que la incapacitaba para la obra conservadora á que parecía consagrarse.

Por entónces habia aparecido la obra de *Jesus*, de Straus. Era, como ántes apunté, el racionalismo hegeliano, que hacía su entrada de una manera agresiva en el terreno de las cuestiones religiosas. Era la crítica radicalmente negativa que se proponia destruir desde sus cimientos la obra cristiana. Despues de la *Vida de Jesus*, publicaba Straus su dogmática. En ella bate en brecha, no sólo las verdades cristianas, sino todas las que constituyen el orden general religioso. — Despues vienen los que constituyen la izquierda hegeliana, Feuerbach, Daumer, Ruge, Bauer, Max Stirner. ¡Qué embriaguez de insolente ateismo y de materialismo grosero! ¡Qué de satánicas blasfemias! Era el paroxismo de la rabia, el furor de la impiedad.

Con otros propósitos, y con intentos puramente científicos, emprendió sus trabajos de exégesis la escuela de Tubinga, y á su lado, casi toda la Alemania protestante se aplica á trabajos de exégesis bíblica, y con la idea y bajo el principio de que el cristianismo es todo él un hecho histórico de carácter igual á aquellos que han engendrado las demas religiones, van borrando una por una todas las hojas de los libros santos, despojando el cristianismo de todo sentido positivo divino, sin más autoridad que su contenido moral. A la escuela llamada de conciliacion, heredera directa del pensamiento y tendencias de Schleiermacher, que á la vez que aceptaba la cultura moderna, queria referirla á la doctrina, ó si no, al fondo tradicional

de la conciencia cristiana, y que por los trabajos de Rothe habia alcanzado gran prestigio y valimiento, y una ordenacion sistemática que parecia asegurar la larga dominacion, ha sucedido la llamada escuela liberal, la cual, en sus dos principales fracciones, ha renegado del Cristo Hijo de Dios y de la revelacion, y por ello, de todo el orden cristiano que en ella se fundaba. Schenkel y Hase y Schwarz niegan, lo mismo que Schweizer, Biederman y Lang, la divinidad de Jesus y su encarnacion, y el pecado original, y la autoridad normal de las Escrituras; en suma, cuanto hasta hoy ha constituido la esencia de la fe cristiana en la Iglesia Católica y en el seno de las comuniones protestantes. Quanto á los últimos de los escritores nombrados, ó sea los representantes de la escuela radical, ellos han ido á perderse en el campo de las escuelas anticristiana y antireligiosa: ¿cómo puede, si no, considerarse á unos escritores que niegan el Dios personal, la distincion de lo divino y lo humano, de lo eterno y lo temporal, y que coronan su doctrina negando la inmortalidad personal del alma? La otra, que constituye la que se conoce con el nombre de protestantismo liberal, merece otra consideracion. Esta escuela, aunque elimina el misterio y lo sobrenatural, y quita la autoridad á la Biblia, poniéndose de una vez en medio de la corriente racionalista, se esfuerza en conservar las grandes verdades del espiritualismo, y las enlaza y refiere á la conciencia é historia de las comuniones cristianas, dándolas por fundamento el ideal del Cristo.

Yo reconozco todo lo que hay de generoso en esta tentativa de los protestantes liberales de conservar, una vez desvanecida por la accion disolvente de la crítica, su creencia en lo sobrenatural, de conservar, vuelvo á decir, lo que ellos estiman esencial para la vida íntima moral: no niego que delante de esa guerra impía declarada á todos los dogmas y enseñanzas cristianas por escuelas incrédulas, parece tarea nobilísima el conservar la moral y la concepcion espiritualista cristiana. Hasta dentro del catolicismo en esta edad de lucha y de crítica, ó frívola ó despiadada cuando las almas religiosas se ven acosadas por las mil invectivas y ataques contra la verdad cristiana, puede la apologética recibir valiosa ayuda de esa direccion im-

presa por Schleiermacher y agrandada por algunos protestantes liberales, que tiende á hacer amable y para siempre vivido el cristianismo en la conciencia por la perspectiva de las grandezas que ha creado, y que ha hecho, áun humanamente hablando, incomparable y de sin igual hermosura la figura de Jesus. Pero esta tarea de dar como religion del porvenir un nuevo cristianismo, ¿no es tarea baldía y estéril despues de haber destruido el antiguo y verdadero? ¿Y puede ser valedera y eficaz esa autoridad que quiere dejar en pié como fundamento para sus enseñanzas y para la práctica? Porque es de saber que, despues de destruirlas todas, pretendé reemplazarlas por aquella su afirmacion de que en Jesus, aunque hombre, se cumplió de una manera absoluta la penetracion de la conciencia divina y humana y de que él es el impecable, el justo y el santo. Ahora: esta afirmacion, que es admisible y cierta dentro de la concepcion católica y verdaderamente cristiana, ¿puede subsistir dentro de un sistema racionalista? Siendo Jesus sólo hombre, ¿cabe que en él se halla encarnado el ideal de bondad y de moralidad de una manera incomparable? ¿Y no es absurdo ademas que el protestantismo liberal, despues de negar, al llamarle hombre, lo que Jesus dijo de sí llamándose hijo de Dios, haciéndole á su gusto y manera, quiera ofrecerle á los pueblos con aquella virtud y poder que cumpla á sus miras? La obra crítica y negativa del protestantismo liberal anula completamente su construccion religiosa.

En este punto la crítica que ha hecho de él Hartman debe desvanecer las ilusiones que acerca de esta solucion habian concebido algunos espíritus generosos, creyendo que con ello se salvaba el porvenir religioso de la humanidad. En verdad, un cristianismo que, como dice ese crítico, no es el de Bossuet, ni el de Santo Tomás, ni el de San Pablo, ni el de San Juan, ni el cristianismo mismo de Jesus, no puede aspirar á fundar ó sostener una religion que lleve el nombre de cristiana y que conserve la fuerza santificante de esta religion. Viniendo despues á la negacion de su divinidad, parece hasta una profanacion hablar de una religion fundada en el ideal de Cristo. ¡Ah, sí! repitámoslo una y otra vez: una nueva religion cristiana

fuera del cristianismo histórico no puede existir, y ahora añadiré que una religion sin dogmas, sin misterios, sin elemento sobrenatural, es una contradicción; y si alguna vez pudiera crearse, sería una creación estéril y sin vida que no podrá servir para levantar al hombre, ennoblecerle y santificarle.

Los protestantes liberales quieren hacer el cristianismo transparente y de tal naturaleza que pueda compadecerse con todas las exigencias y hasta temeridades de la razón filosófica contemporánea, y para esto suprimen, eliminan, reducen sus enseñanzas. Pero ved el juicio que hace ya algunos años formaba de estos procedimientos de la escuela uno que había sido ferviente partidario de ella, Schoerer. Después de hablar de esas eliminaciones y depuraciones de la dogmática tradicional hecha por los protestantes liberales, les dice: Pero lo que queda en el crisol después de vuestras operaciones, ¿es en verdad la esencia de los dogmas positivos, ó es más bien el *caput mortuum* de ellos? El cristianismo hecho transparente al espíritu conforme á la razón y á la conciencia, posee todavía una gran virtud: ¿no se parece mucho al deísmo y no es verdad que tiene su flaqueza y esterilidad?... Y cuando la crítica haya destruido lo sobrenatural como inútil y los dogmas como irracionales; cuando el sentimiento religioso, por una parte, y por la otra una razón exigente hayan penetrado á la creencia y la hayan transformado asimilándosela; cuando no haya otra autoridad en pie más que la conciencia personal de cada uno; cuando, en una palabra, el hombre, rotos todos los velos y desentrañados todos los misterios contemple frente á frente el Dios á que aspira, ¿no resultará que este Dios no es otra cosa que el hombre mismo, la conciencia y la razón del hombre personificadas? Y la religion, so pretexto de hacerse más religiosa, ¿no habrá dejado de existir?

III.

Veamos ahora la situacion á que hemos llegado, la cual fué indicada en el principio y se nos ofrece ahora como el resultado de todo lo expuesto.

La ciencia, ó si decimos, la filosofía, que es la que suele dar la manera de ver de las generaciones y la direccion del pensamiento; moviéndose hace cuatro siglos fuera del cristianismo, se ha puesto en oposicion á él, y en todas sus escuelas lleva á la razon por rumbos distintos de los rumbos ortodoxos. Las escuelas críticas, las positivistas y las materialistas, enemigas de toda religion, profesan odio singular á la cristiana, que es la única que á la hora presente defiende en el seno de la Iglesia católica los principios religiosos en medio de los pueblos civilizados; y juntas á ellas las panteístas, hacen cruda guerra al cristianismo, repitiendo el dicho de Voltaire: «Aplastemos al infame.» Las espiritualistas, así la propiamente filosófica como la que viniendo desde las comuniones protestantes se apellida liberal, aunque áfanosas por los altos intereses de la conciencia, combaten tambien la ortodoxia cristiana, ó por lo ménos no confiesan públicamente á Jesucristo, hijo de Dios vivo, ni confiesan el Evangelio.—Bajo la inspiracion de estas concepciones filosóficas, y arrastradas por los vientos que soplan en estos dias, todas las ciencias, así las naturales como las sociales, se desenvuelven y viven léjos del influjo de la idea cristiana y en oposicion á sus enseñanzas: el arte busca en otra parte sus ideales, y la sociedad se encamina á fines diferentes y marcha por otros senderos que los que el cristianismo le trazara.

Al observar el poder y la direccion de las fuerzas racionalistas, diríase que las naciones ántes cristianas marchan á una completa apostasía, á renegar enteramente de Jesus crucificado. Sin duda hay todavía en la sociedad regiones donde no ha penetrado la incredulidad; pero todo lo va invadiendo y dominando como aire emponzoñado esa corriente escéptica, la

cual envia sin cesar á los cuatro vientos del cielo gérmenes de negacion y de duda. Así Straus, preguntándose en su última obra si somos cristianos, es decir, si es la Europa cristiana, ha podido contestar con satánica satisfaccion: «No; la Europa no vive ya bajo la ley y con el espíritu del Evangelio.»—Los protestantes liberales se han levantado escandalizados é indignados contra el escéptico audaz y dádole ruidosos mentís. Y cierto; no es maravilla que á esos espíritus que viven, digámoslo así, en comunión constante con el, para ellos, hombre llamado Cristo, que presentan la vida de él y su conciencia como el ideal de toda conducta, les haya parecido monstruosa é inconcebible afirmacion esa de Straus. En el terreno del protestantismo liberal y del espiritualismo filosófico, y en las almas que hoy se mueven al calor de tales doctrinas quedan, aún suprimido lo sobrenatural, restos de la obra que labró la Religion católica. Como el alma es naturalmente cristiana y en ella depositó germen vivaz el verdadero cristianismo, la sociedad moderna, aunque desviada de esa religion, vive en parte de su sustancia y aún se fortalece con su aliento. Pero cuando se han desechado todos los dogmas cristianos; cuando se toma de la religion su moral sin su metafísica, y lo que queda de ella es admitido libremente por la razon como uno de tantos residuos que dejan los tiempos pasados á la edad presente, ¿puede decirse que la sociedad pertenece á esa religion y que vive segun ella? ¡Ah! Desgraciadamente la ciudad racionalista, ó digamos la moderna civilizacion, cual se muestra en la actualidad, más parece anticristiana que cristiana, y, cosa más grave, lo que avanza y marcha, y lo que segun ley fatal de la historia irá en sucesivo crecimiento, á no ser que se muden las corrientes y se cambien las influencias del lado de la Iglesia católica, es esa tendencia antireligiosa y anticristiana.

Veamos ahora qué es lo que perderíamos si desgraciadamente llegara á abandonar á los pueblos la idea religiosa. Si hubiera de expresar esto con una fórmula, diria que perderia el hombre el órden divino, traído á la tierra por la religion del Crucificado: la conciencia dejaria de comunicar directamente con Dios, en una comunicacion íntima y positiva, y el cielo

quedaría separado de la tierra. Pues considerad, señores, lo que es la vida entregada á las solicitudes de los intereses materiales y sensibles, y al estímulo de los apetitos, y el mundo viviendo sin enlace con lo divino, es decir, sin Dios, sin ideal, sin esperanzas, á solas con sus miserias y dolores, con sus pasiones y desfallecimientos. Ya con la disminucion de las creencias y de la savia religiosa, los caracteres se han rebajado, las virtudes han disminuido: la pobre alma humana ha visto eclipsarse risueñas y consoladoras esperanzas, y la libertad moral vacila y desfallece. Cual las montañas al abandonarlas el sol, despues de dorar su cima con los últimos rayos, quedan tristes y frias, así me parece que van quedando las altas regiones del alma.

¿Y qué compensaciones nos ofrecen los racionalistas? ¿En lugar del Dios personal y providencia, padre nuestro segun el cristianismo, que ve las acciones y oye las plegarias del hombre, Dios á quien el alma perturbada por el pecado se levanta buscando fuerza y consuelo, qué nos ofrecerá la nueva religion? ¿Qué? Un Dios indeterminado, oscuro, sin entrañas, que se rie de nuestros esfuerzos, de nuestros deseos y hasta de nuestras virtudes. Y en lugar de las satisfacciones y consuelos del cristianismo la nada absoluta, el vacío infinito, la noche sombría y eterna. ¡Ah, señores! permitidme que insista sobre esto. ¡Qué triste sería la vida, desterrada la religion cristiana de los dominios del espíritu! La vida no es un Edem, sino que es y será siempre una mansion de tristezas y de lágrimas. La religion, creando por cima de este azaroso reino de la contingencia y del orden histórico, una region superior en que vive el hombre en comunion con Dios y con la verdad, el bien y la belleza, crea en el alma una fuerza infinita para vencer el mal y el dolor, y orientándole hácia la patria celeste, que le ofrece vastos horizontes y compensaciones infinitas, le da valor para que pueda sobrellevar, no sólo con paciencia, sino con pura y plácida alegría, las desgracias de esta corta y agitada vida. La fe, la esperanza y la caridad, esas tres sencillas y divinas virtudes cristianas, ¡cuántas santas alegrías no han dado á miles de almas atribuladas! ¡Cuántas conciencias no

han serenado! ¡Y cuántas, amenazadas tal vez del hastío de la vida, ó próximas á caer tomadas de desaliento, no las han levantado á regiones tranquilas y felices! Sin esas virtudes y aquellas otras grandes cosas que ántes nos daban bálsamo para calmar los dolores, la existencia sería de una tristeza y un peso insoportables.

Si ahora pensamos en necesidades de otro orden, es á saber, el relativo á la sociedad, conoceremos ademas las desventuras y peligros que podemos temer para ella, si hubiera de vivir sin las creencias cristianas, dirigidas por los sueños de los nuevos doctores.

La sociedad há menester de un orden moral, que sea base y cimiento de su existencia y sus movimientos. Sin la sancion de ese orden moral, nada significaría el poder, nada la ley. Lo que es ahora y ha sido cosa respetable, pasaría á ser sólo una cuestion de fuerza. Y el mundo, bien lo sabeis, se halla hoy amenazado de ser regido principalmente por la fuerza, y, ademas, elementos hostiles se acechan y preparan para reñir tremendas batallas. ¿Habeis pensado en esto, señores? Considerad la situacion que ofrece el mundo en la hora que atravesamos: no hablo de los conflictos internacionales: me refiero principalmente á los que nos presenta el interior de las sociedades. Y decidme: ¿no os asusta el ver esas muchedumbres que avanzan en són de guerra, más ó ménos lentamente, movidas por brutales apetitos y por pasiones salvajes? ¿Qué sería de la sociedad si Dios desapareciera de ella, si la religion nos abandonara para siempre?

Digámoslo muy alto, y de una vez: es menester restaurar esa religion augusta y divina, que nos da un Dios personal, sabio y omnipotente, que, llevado de infinito amor, sacó el mundo de la nada; un Dios que cuando la humanidad se corrompió por el pecado, y vivia en el mal y en sombras de muerte, por un nuevo misterio de su amor envió á su Hijo á que habitase entre nosotros, el cual derramó su sangre por salvar el mundo; un Dios que da precio infinito á la pobre criatura humana, de la cual cuida con amorosa solicitud, que oye sus oraciones, ve sus arrepentimientos, y que luégo como juez recompensa y

castiga: la religion de las Tres Virtudes Teologales, la de las Bienaventuranzas, la que ha civilizado á la Europa, la que ha creado en todos los siglos cristianos esos héroes que llamamos santos, y los pueblos pacíficos y grandes.

IV.

¿Pero es hacedero un renacimiento cristiano? ¿Es posible que las naciones vuelvan á recobrar la fe que una vez perdieron? Delante de las negaciones de la ciencia, ¿puede creerse que ha de volver á señorear las almas la religion cristiana, con sus doctrinas, sus dogmas, sus sacramentos? Yo me he hecho, ¿por qué negarlo? me he hecho más de una vez, con grande ansiedad y con angustiosa inquietud, esta pregunta. Al oir repetir que el ideal cristiano ha muerto, y que comienzan nuevos tiempos y nuevos ideales, y que el espíritu marcha sin cesar, destruyendo lo antiguo y dejando á su paso todo, instituciones, costumbres, creencias, me he puesto á dudar si el cristianismo estaria tambien destinado á perecer entre las ruinas de ese pasado. Pero no, no puede ser: los ideales que se van son los que no arrancan de lo absoluto: los que son la verdad, el bien, la justicia y la armonía; los que contienen en su seno esas grandes realidades, y que han servido hasta ahora para expresarlas y realizarlas en la historia, esos no sólo han vivido, sino que vivirán eternamente. ¿Y por qué no ha de vivir el cristianismo, á pesar de los progresos de la ciencia? Entre los sistemas filosóficos, ¿hay alguno más verdadero y más grande que el espiritualismo; y hay algun espiritualismo más vasto, y que contenga más profundidades y más altos resplandores que el de San Agustin, y San Anselmo, y Santo Tomás, y Fernelon, y Bossuet?

Pero ¿y los misterios? ¡Ah! yo no diré que la razon explique los misterios cristianos: mucho hay en esos misterios que pertenece á aquellas altas cimas del pensamiento, que se pierden allá en la region de lo sobrenatural, donde el flaco entendimiento humano no puede descubrir todo lo que existe; pero,

en fin, algo puede hacer para rendirse ante ellos por un acto que es de asentimiento y como de adoracion. Veamos el misterio de la Encarnacion, que es, podemos decirlo así, el misterio central del cristianismo. ¿Es Jesucristo Hijo de Dios, ó es el Hijo del hombre? Yo, señores, he leído, quizá con cierta prevencion cristiana, los trabajos de Straus, Ewald, Keim, Schenkel, Hausrath y Renan, todos, como sabeis, racionalistas. Al escribir la vida de Jesus, decian que no veian en Él sino al hombre.

Pues bien; en medio de dudas que, no negaré, han asaltado alguna vez mi pensamiento á la lectura de esas obras, la impresion que ellas han producido, ¿qué digo impresion? la conviccion que ellas han labrado en mi ánimo, es que ese hombre tan grande, tan santo, tan augusto, tan adorable, es fuerza que sea Hijo de Dios. Su vida fué, segun ellos mismos dicen, una vida sin tacha ni mancha; su alma, siempre serena, ño sintió el estímulo del pecado, ni el aguijon de la pasion; pasó sus dias amando á los hombres, haciendo el bien, derramando por todas partes los tesoros de su amor infinito. No ofendió ni sintió ira por las ofensas ni por las injurias. Cuando llegó la hora del sacrificio, aprestóse á él con sublime abnegacion; y ya en la cruz, sus labios sólo se abrieron para pedir perdon para los que le crucificaban. ¡Ah! ¿Es así como viven y mueren los hijos del hombre? Rousseau, á la vista de estos milagros de mansedumbre y abnegacion y valor divino, exclamó: «Si la muerte de Sócrates fué la de un sabio, la de Jesus fué la de un Dios.» ¿Quién, señores, ante las grandezas de esa vida y de esa muerte, no se rinde á la verdad? Esos mismos autores, la mayor parte al ménos, declaran que es el grande, religiosamente hablando, el impecable, aquel que vivió en la mayor intimidad de conciencia con la divinidad, el modelo inacabable de toda vida moral, y el ideal más perfecto de la vida religiosa. ¿No es esto una manera de testimonio, arrancado á la incredulidad de esos escritores, y á su escéptica razon, por la evidencia de los hechos que forman la vida del divino Redentor?

Mas, ¿á qué invocar tales testimonios? Otros tenemos más

cumplidos y decisivos. No voy yo, que no es esta la ocasion, ni el tiempo me lo consiente, á intentar aquí una demostracion de la divinidad de Jesus; pero, permitidme que os exponga el razonamiento de un pensador, no teólogo ciertamente, sino economista, alma seria y honrada, carácter, cual pocos, severo y justiciero, J. Droz. En su trabajo titulado *Confesiones de un creyente*, hablando de la resurreccion de Jesus, que, una vez admitida, ofrece la gran prueba de su divinidad, hace en su abono las siguientes consideraciones: «Jesus, dirigiéndose á Jerusalem, dijo diferentes veces á sus discípulos: tendré mucho que sufrir de los senadores y de los príncipes de los sacerdotes; ellos me condenarán á muerte, pero resucitaré al tercero dia... La noticia de estas palabras se extendió por la Judea de tal manera, que despues de la muerte de Jesus los judíos, con la esperanza de convencer á todos públicamente de su impostura, hicieron guardar cuidadosamente la entrada del sepulcro. Pues bien; á pesar de todas las precauciones, al cumplirse el plazo señalado el cuerpo no se encontró en aquél. La tradicion judía afirma que fueron los discípulos de Jesus los que sacaron su cuerpo y circularon luego la nueva de su resurreccion; mas no es posible, añade el citado escritor, ni aún que pensarán en ello. En efecto, ¿cómo habian de exponerse al peligro cierto de ser descubiertos? Y, ¿para qué fin habian de hacerlo? ¿Acaso para contribuir á la propagacion de una mentira de que ellos habian de ser las primeras víctimas? Hay más; la promesa de la resurreccion debia ser para los mismos discípulos la prueba irrefragable de la divinidad de su Maestro; querer engañar en este punto á los judíos hubiera sido querer engañarse ellos mismos. Y aún suponiendo que hayan querido y podido contribuir á esta impostura, ellos no habrian seguramente creído en la divinidad de Jesus; habrian perdido seguramente su fe. Lo contrario fué, sin embargo, lo que sucedió. Aquellos hombres que en vida de su Maestro habian tenido cobardes desfallecimientos, que no habian podido velar una hora en el monte de las Olivas para rogar por él, apenas han perdido su jefe, y ya una nueva fe los inflama, los eleva y los hace triunfar de todos los temores, de todas las fatigas y de todos los obs-

táculos; ellos corren alegres á las gloriosas pruebas del martirio.» O yo me engaño, ó este razonamiento del insigne escritor es convincente y decisivo.

Señores: diez y ocho siglos han creído en la divinidad de Jesus, siglos grandes, algunos de ellos de gran cultura; ¿por qué no han de creer en ella los siglos venideros? Esos siglos dirán seguramente que el Cristianismo ha traído nuevas fuerzas que han regenerado completamente la humanidad; dirán tambien que donde domina el Cristianismo allí está muy alta la conciencia religiosa, que su influencia es santificante, que fuera de él no hay salvacion. Y diciendo esto y viéndolo confirmado y realizado en la historia, ¿por qué no ha de volver la Europa al Cristianismo como el hijo pródigo á la casa paterna? Hemos perdido mucho de aquel sentido que lleva al hombre hácia lo que es hermoso y divino; nuestras luchas, nuestros goces, nuestras agitaciones, el espíritu racionalista, nos han velado en parte la hermosura del Cristianismo; pero se nos aparecerá de nuevo, y entónces convertiremos á él nuestras miradas. Día vendrá, como dice Montalembert, en que la humanidad pedirá á gritos que la saquen del espantoso desierto donde la han metido; día en que querrá oír de nuevo los cantos de su cuna, respirar los perfumes de su juventud, acercar los secos labios al pecho de su madre la Iglesia católica. Y al choque de tantas almas dolientes caerán hechas pedruzos las puertas de la prision en que han metido á esa madre generosa, la cual saldrá de ella más fuerte y hermosa y más clemente que nunca.



SECCION
DE
LITERATURA Y BELLAS ARTES.

MEMORIA
LEIDA POR D. EMILIO REUS, SECRETARIO PRIMERO

PLANTEANDO EL SIGUIENTE TEMA:

Los fines y condiciones de la Oratoria como arte bello, ¿se han cumplido mejor en la antigüedad ó en los tiempos presentes?

Costumbre de algun tiempo á esta parte establecida, obliga al que se sienta en este lugar á desenvolver en una Memoria el tema de vuestras nuevas discusiones; y recordando, á más de la importancia de que siempre gozaron, que en este mismo sitio admirásteis todos la observacion profundísima y el inimitable gracejo del Sr. Alcalá Galiano, y la erudicion vastísima y severa crítica de mi buen amigo el Sr. Sanchez Moguel, que á cual más consiguieron en sus trabajos, no conquistar méritos, que de sobra les adornan, sino reflejar en ellos, deleitándoos á vosotros, cuanto se pensaba y se sentía sobre la cuestion que iba á debatirse; recordándolo, repito, no sé, señores, si es sólo honra ocupar en los momentos presentes este sitio; mas casi pienso que de varias cualidades participa, y que siéndolo para mí, por demas inmerecida, muy bien puede ser molestia para vosotros, de la cual, si la gratitud no me lo impidiera, diría con justicia que merecida, ya que con vuestros sufragios me elevásteis á sucesor suyo, por el cargo que ocupo, á envidioso de sus condiciones, por el compromiso en que me veo.

Contrae ante todo, el que como yo ahora se encuentra, una

grave responsabilidad. Es ya instituto de esta Corporacion ilustre seguir en sus debates los últimos problemas que agitan y sacuden la conciencia política ó literaria de Europa; es ya costumbre vuestra escuchar las palpitaciones en que se revela la vida, tan accidentada y varia, del mundo moderno; por eso ayer, cuando los embates del positivismo tentaban destruir los grandes sistemas que han amamantado á las generaciones presentes, y cuando la crisis política de los pueblos latinos desgarraba sus entrañas, discutíais si aquellas doctrinas eran un peligro para el progreso, y si las instituciones de Inglaterra encerraban el gérmen de la prosperidad de las naciones; por eso cuando la opinion levantaba súbito y continuado clamoreo sobre las flaquezas y decadencia de nuestro teatro contemporáneo, trabóse en esta seccion larga y provechosa contienda en que, como siempre, se manifestaron esas dos tendencias, confiada la una, escéptica y pesimista la otra, que aquí, con ser todos hermanos en el estudio y unidos por vínculo de amistad cariñosa, de antiguo nos dividen y nos separan; por eso la lírica entretuvo poco despues nuestros debates, y á seguida la cuestion de la verdad y la belleza, suscitada á un tiempo en España y en el extranjero, en Academias y Ateneos, presentóse engrandecida y transfigurada bajo el lema de la *Poesía Religiosa*, llegando la discusion á tan alto, y revistiendo tal importancia, que en ella entraron nuevos oradores, y otros que hace tiempo nos abandonaban, llenos todos de entusiasmo y de merecimientos (á excepcion lo segundo de uno solo, de cuyo nombre no me acuerdo, ni vosotros os acordaríais, si tan á menudo no os molestara), discusion cerrada con llave de oro por aquel extenso y profundísimo resúmen del que, todavía en este año, ha de presidir nuestras tareas.

El peso de este recuerdo, unido al de tantos otros, todos agradables para el Ateneo y desconsoladores para mí en estos instantes, me compromete más y más al plantear el tema. Atendido á que no son éstos debates académicos ni pueriles entretenimientos retóricos, sino que busquemos de sus resultados una advertencia y un consejo, hubiera sido matar la discusion aún no nacida, escoger por campo de batalla la novela,

cuyos capitales problemas hemos señalado al tratar de la dramática y de la lírica; recordando que deben ser de interes los objetos de nuestras discusiones, desistí de presentaros la épica, tan sin razon proscrita y desterrada por los literatos de estas edades; y comprendiendo al mismo tiempo que, sobre no ser muy oportuna, era demasiado brusca la transicion á la historia, renuncié tambien á traerla á vuestros debates. No quedaba otro género que la oratoria. Bien sé que pudiera haber presentado una cuestion, de esas interesantes que ofrece la filosofía del arte; pero la Seccion ha emprendido hace tres años una provechosa campaña, examinando uno por uno los géneros literarios, y cuando sus individuos la prosiguen, no era cosa de que viniéramos á cambiar lo que todos han acordado.

Ademas encierra el tema que voy á presentaros oportunidad innegable. En este siglo inquieto y desasosegado, grande en sus dolores y en sus victorias, cuyos apóstoles han sido los tribunos; en la época en que ha resonado la voz poderosa é irresistible de Danton, en que el veleidoso Mirabeau ha seducido las almas de los franceses, y el autor de las *Meditaciones* se ha engrandecido de tal modo que parecía irradiaba en su frente la gloria entera de su siglo; en estos dias en que España escuchó estremecida las vibrantes y sonoras voces de sus legisladores de Cádiz, y reflejó los matices de su pensamiento y de su política en la palabra inimitable de Argüelles y de Alcalá Galiano, ó en la frase siempre extraña, y siempre bellísima, de Donoso Cortés; en estos momentos en que el despertar de los pueblos á la libertad ha hecho engrandecer de tal modo la oratoria política que por su historia puede medirse la historia de la patria, y dia por dia, y hora por hora, á traves de sus discursos seguir la vida, y el entusiasmo, y las glorias, y los desfallecimientos de las razas y de las naciones, y ver en sus apogeos y en sus decadencias las decadencias y los apogeos de una creencia, de una ilusion, á veces de una utopia, pero siempre de algo que arrastra, que encadena el sentimiento y la razon y la voluntad; en estos tiempos en que la oratoria forense aparece con nuevos bríos y condiciones, en que la académica, alimentada por tanta y tanta corporacion científica,

nace con caracteres de vida y porvenir glorioso; en esta edad de renovacion religiosa en que tambien la elocuencia sagrada se renueva, y en la cual, con ser toda ella de oradores, la oratoria militar muere, ¿qué otra cosa que más se preste á vuestros discursos, siempre elocuentes, que la elocuencia misma?

Otras dos razones me atraían á la eleccion del tema: era una, el deseo de demostrar una vez más ciertos principios y ciertas afirmaciones; era la otra, puramente individual y propia.

Tras largas y reñidas discusiones, ya al final de la anterior, unos más y otros ménos, habíamos convenido todos en que era innegable, y eficaz en consecuencias, el principio de la libertad artística; pero quedaron aún en pié algunas dudas relativas á lo que influyen fondo y forma en la obra poética. Era esta confusion fácil de explicar entónces, por ser la poesía manifestacion pura de la esencia del arte, en que sólo se atiende á expresar la belleza. Hacía esto imposible toda distincion entre la expresion y lo expresado, distincion que, sin embargo, se advertía en la obra realizada, dando lugar á errores y confusiones, que contradecían su finalidad propia, estableciendo relaciones y enlaces que, si existen, es sólo en aquel límite y relacion en que todo se une y enlaza en la realidad absoluta, y nunca bajo el criterio con que pretendían formularse. El estudio de la Oratoria aclara todos estos prejuicios; en el discurso, la forma artística es accidente subordinado á un fin moral, político ó religioso, y aún siendo de este modo, es tal el carácter de forma pura que reviste el arte, que se ha prestado lo mismo á unas que á otras doctrinas. ¿Cómo sería así si existieran entre la verdad y la belleza aquellas intimidades, de que algunos estéticos hablan y que defendían aquí el año pasado algunos oradores?

De este principio á la afirmacion de lo que sirve la libertad al desarrollo de la elocuencia, no hay sino un paso; y hacer que lo den, obligados por el hecho, los que niegan que sea en todo bendita y fecunda, era la razon de doctrina que me movía á desenvolver ante la seccion este tema.

La otra causa, que os dije ser puramente individual, es su novedad misma. Con ser estos últimos siglos tan abundantes.

en estudios literarios de todo género, son bien pocos los dedicados á la Oratoria, cuando su creciente desarrollo debería llamar la atencion de todos los escritores. Los trabajos especiales de más valía han sido el ensayo de Maury, algun trabajo de Bautain ó la *Historia de la elocuencia* de Henry. Demas de esto, los retóricos como Crevier, Hugo Blair, Mayans y Sis-car, Batteux, Marmontel, Milá y Fontanals, Lamy, Gaillard, Filon, Leclerc, Amar y Pelissier, y tantos otros han ocupado en la Oratoria una pequeña parte de sus libros, en la cual, fuerza es confesar que, salvó honrosas y contadas excepciones, no han pasado de lo que se dijo en el *Georgias* platónico ó en la *Retórica* de Aristóteles, habiendo llegado el que más al tratado de *Oratore* ó á las *Instituciones* de Quintiliano.

Debo confesar que me halagaba penetrar, con otro criterio, en terreno tan vasto y poco explorado como éste. Ni se me ocultan sus dificultades, ni pretendo temerariamente escribir un estudio que supere ó complete los trabajos hasta el dia conocidos; pero lo que no pueda hacer lo hareis vosotros, y yo poniendo la buena voluntad, vosotros llevando la ciencia, yo apuntando problemas y vosotros resolviéndolos, veremos entre todos de acabar la tarea, de decidir, qué ha sido, qué es y qué debe ser la Oratoria; y haciendo entre todos el trabajo, enseñándonos todos, como aquí se hace, podrá ser la obra más útil y provechosa.

Si me he equivocado y la discusion no viene á completar esta Memoria, tan imperfecta de suyo, castigo habrá seguro para todos; vosotros tendreis el de no escuchar nada que mejore la impresion de estas páginas; yo el más grande de no haber sabido responder á la confianza con que me elegisteis para este sitio.

I.

LA ORATORIA COMO ARTE BELLO.

Si es la literatura en la universalidad de sus géneros expresion de belleza concebida por el espíritu humano, sólo en cuanto á esta belleza se subordinen más ó ménos, pueden en, trar en su contenido la Oratoria y la Didáctica. Cómo entran- es por demas llano y sencillo; cuanto el espíritu del hombre alcanza á concebir ó realizar, lo realiza ó concibe en forma, y en esa forma ó creacion encarna más ó ménos lo bello, produciendo los diversos géneros literarios, que expresan el contenido del pensamiento comun de las naciones y de los tiempos. Por eso la literatura queda comprendida en el cuadro del Arte y es un arte bello, aunque el más grande de todos, puesto que por su medio de expresion, la palabra, comprende lógicamente manifestaciones que, teniendo belleza, realizan á un tiempo fines intelectuales y morales.

La relacion en que está el fin artístico con los demas fines en la obra de arte sirve para determinar la division de los géneros literarios. Convienen críticos y estéticos en que son esos géneros Poesía, Oratoria y Didáctica; Poesía, cuando no hay otro ideal que el estético; Oratoria, cuando al igual ó sobre este fin estético domina y se ofrece la exposicion ó defensa de un pensamiento cualquiera; Didáctica, cuando es la expresion de la verdad científica objeto de la obra, y la belleza puro accidente de la forma de esta expresion.

Síguese de aquí que ha de ser la de la Oratoria forma artística imperfecta, y al mismo tiempo que hay que hacer, por el carácter especial de este género, el estudio del orador al par y ántes que el de la Oratoria misma.

A un lado todos aquellos estudios y condiciones morales que de Aristóteles acá vienen exigiéndose á los oradores. Serán y son indudablemente necesarios, pero no cumple á la literatura su estudio ni su direccion; bueno que de ellas se ocuparan los que poseían escuelas para formar sus oradores y sus.

tribunos; natural y muy natural que los maestros de Retórica intentaran dirigirlas; pero en nuestros días el caso es distinto, y claro es que cada orador formará sus estudios según sus aficiones y sus tendencias, sin que el literato ó el retórico se los imponga como necesarios; que tanto valdría señalar al poeta qué obras deben consultarse para hacer un drama histórico, qué fuentes científicas para escribir un poema, ó qué preparación filosófica para una novela de esas que entrañan gravísimas cuestiones morales y políticas. Bien sé que se dice que de no establecer como obligados esos estudios, se corre el peligro de que, faltos de instrucción, sean los oradores gárrulos y vacíos. Os confieso que jamás he podido comprender bien que un orador, que verdaderamente lo es, pueda no hacer más que palabras, palabras y palabras. Yo entiendo, como un ilustre Padre de la Iglesia, que buscando las palabras se encuentran las ideas; yo creo que el signo hablado es sólo expresión sin más valor que el pensamiento que exterioriza; yo estudio con admiración y entusiasmo los grandes oradores, los de más palabra, los de frase más llena y sonora, y como las palabras sean grandes y santas, santas y grandes serán también las ideas; que es imposible, de todo punto imposible, que en frase sublime se encierren miserables trivialidades, del modo que es imposible que una idea noble, ó un acto de abnegación ó de heroísmo, no lleve el sello de la belleza en sus entrañas.

Lo mismo que de éstas puede decirse de las cualidades físicas del orador. Ningún retórico posterior á los del siglo pasado se ocupa de ellas.

Ayer y hoy, en la antigüedad y en los tiempos presentes, el hombre se ha dominado á sí mismo, y el más débil de cuerpo, el más flaco por la naturaleza, ha sujetado con su palabra legiones indomables ó desenfrenadas turbas. Se comprenden y tenían razón de ser esas prescripciones en sociedades guerreraspreciadas de la fuerza, ó en pueblos artistas como el griego, que hasta en el hombre mismo exigían la perfección y la pureza de las formas; en nuestros días, no hay motivo que las justifique. Vale eso muy poco para tenerlo tan en cuenta. Cuando llega el instante en que el orador comienza á ser após-

tol, en que el fuego de la idea quema su frente, y su palabra vibra estremecida y poderosa, amenazando, rugiendo ó suplicando, y todos los corazones están suspensos de su accion y de su frase, y todas las almas, sacudidas por aquella electricidad, que desgarrá las nubes de sus mente, esperan para devorarlos sus pensamientos y sus ideas; entónces todos ellos son fuertes, todos sienten sobre su cabeza aquella llama, que enardeció el alma de los pescadores de Galilea, y ante un público lleno de entusiasmo, Mirabeau se cambia, Thiers se engrandece, Alcalá Galiano se transfigura, y todo es hermoso en ellos, porque en su espíritu vive, irradiando sobre su cuerpo, el aliento divino de la inspiracion y del arte.

No quiero decir tampoco con esto que valga lo mismo ser ignorante que ser sabio, ni que importe tanto para la tribuna ser mudo, como tener una voz llena y sonora; lo que sí pretendo es desterrar del campo de la Literatura materias que no le pertenecen; y ya que tanto se lamentan ciertas escuelas de las invasiones de la filosofía en terrenos distintos de su dominio, justo será tambien cerrar el en que los demas estudios deben moverse. Por eso afirmo que tampoco corresponde á la Literatura, que es no más el arte de la palabra, el estudio de la disposicion y la accion ó pronunciacion oratoria; la primera pertenece á la Mímica; la segunda debe ser cuenta de la Gramática.

Así, del mismo modo que al estudiar la Poesía se estudia solamente la forma y los modos de expresion, prescindiendo para todo del poeta, entiendo que debe en la Oratoria dejarse á un lado, para que ciencias auxiliares lo penetren, cuanto á la persona y condiciones del orador toca, ocupándose únicamente de un problema que en justicia más á la Estética que á la Literatura corresponde. Me refiero á lo que sea la Elocuencia.

Es opinion comun, desde Ciceron hasta Blair ó Capmany, que la elocuencia no es otra cosa que el arte de hablar persuadiendo ó para conseguir lo que se desea. En este sentido, no vale esta palabra más que la *Retórica*, y no hay para qué ocuparse de ella distintamente. La elocuencia á que me refiero es ya otra cosa: es la facultad natural (muy distinta de la afluencia ó la facundia) concedida á ciertos individuos de arrastrar y

encadenar el ánimo de los oyentes. ¿Qué relaciones tiene con la inspiracion poética? Hé aquí la cuestion que me proponía presentaros.

Se dice que el estado del orador no es nunca el que causa la inspiracion artística; que el juego de las facultades de su espíritu no es libre y espontáneo; que todo es, en fin, producto de la reflexion y por el pensamiento engendrado y producido. No lo creo yo así; y adelantándome á la prudente confesion de los más notables críticos, no vacilo en afirmar que la inspiracion poética y la elocuencia sólo son dos manifestaciones distintas del genio.

Opónese á esta doctrina, que va el orador siguiendo el rigor lógico de su demostracion, y que el poeta sigue el vuelo libre y espontáneo de su fantasía. Ni lo uno ni lo otro es cierto. La inspiracion en la poesía no es toda la creacion, sino su principio; el rigor lógico, ni existe en todos los discursos, ni es toda la Oratoria. La adoracion del genio rechazando la crítica puede ser tan perjudicial para la Poesía, como la santidad de los preceptos retóricos para la Oratoria. La depuracion de las formas, segun la idea de la belleza, arregla y corrige la inspiracion, siempre caótica y desarreglada, de la poesía, á la manera que la condicion de belleza, que requiere la forma artística del discurso, suple y dora la rudeza y helada severidad de los principios científicos ó morales, de que quiere penetrarse al auditorio. De este modo, la oracion como la poesía, buscan el canon del arte, y atraído por el iman de la belleza el pensamiento ó la idea que se quiere cantar ó defender, pasa de la inteligencia á la fantasía, que la concibe bajo forma y se reproduce en la mente del sacerdote ó del tribuno la misma elaboracion puramente artística, que se ofrece en la del poeta lírico ó dramático.

La misma libertad que da la inspiracion tiene la elocuencia; del mismo modo que el poeta puede seguir, adoptado el asunto, formas, creaciones é imágenes infinitas, el orador puede tambien escoger caminos, estilo, lenguaje, método y procedimientos sin fin. Si al uno le exige la idea que defiende la obligacion de seguirla, al poeta le obliga el pensamiento escogido

á desenvolverlo y continuarlo, so pena de hacer una obra defectuosa ó incompleta. Todas las grandiosidades de la poesía caben en la elocuencia, y cuanto más grande es el asunto, mayor es la libertad y el campo para los vuelos del artista. Sin esta libertad amplísima de la forma no podría contarse la Oratoria en el número de las Bellas Artes.

Sin duda que en esta teoría creerán algunos ver un peligro para la Oratoria, adivinando que lleva consigo la muerte de la antigua retórica, con todo su ornamento de invencion, disposicion, elocucion, memoria y pronunciacion, admitido con una excepcion por Aristóteles, desenvuelto por Ciceron y en cierto sentido por Quintiliano, y seguido por todos los preceptistas hasta los dias que corren. ¿A quién se oculta que las tres primeras de estas cinco partes son propias lo mismo de la Oratoria que de la Didáctica ó la Poesía? Y en cuanto á la memoria y la pronunciacion, ¿quién no comprende que la una y la otra pertenecen á distinta ciencia que la Literatura, á la Mnemotecnica y á la Filología ó Gramática general, por ejemplo? Por eso Batteux afirmaba que la Retórica, la Lógica y la Gramática son tres ciencias que siempre debieran andar acompañadas.

La Retórica, como teoría de la Oratoria, ha muerto, como ha muerto la Poética en el concepto de arte ó modo de hacer poesía: la ciencia moderna no da al hombre medios para tanto; pero en cambio, ha hecho aparecer la Filosofía del Arte en que se estudian críticamente, no modos y recetas de hacer lo imposible, sino leyes dadas por la Estética, para comprender la obra producida y analizar sus condiciones.

Si esta teoría de la identidad entre la inspiracion y la elocuencia concluye con la Retórica, desvanece en cambio un error muy generalizado, y que se expresa en frase vulgar y corriente: *El poeta nace, el orador se hace*.

Entiendo que no es así; afirmo desde luego lo que ántes os decía, y me basta para ello ver lo imposible que es á muchos hombres, dotados de privilegiado talento y de instruccion vastísima llegar á ser siquiera medianos oradores. Se forman, sí, oradores con el arte; pero es cuando ya tienen facultades para ello y sólo falta enmendar y corregir alguno de esos defectos

que en nada impiden la elocuencia verdadera; ó crear los medios externos de la expresion, lo que sólo es accidente liviano y pasajero; ó instruirle y aconsejarle con las enseñanzas de la Crítica para que sepa dirigir sus facultades; en una palabra, hacer orador á Demóstenes cuando lo era ya por la naturaleza. Creer, al contrario, que para ser poeta se necesitan disposiciones naturales, y para ser tribuno basta el estudio, es, á más de rebajar la Oratoria, falsear por completo los capitalísimos principios del Arte. La instruccion, el gusto, la voluntad, el talento, podrán producir, y de hecho han producido, versificados de nota, jurisconsultos, retóricos y académicos famosísimos, correctos y elegantes; jamás, ni una sola vez, un orador ó un poeta.

Pensar que eso pudiera suceder, vale tanto como imaginar que ha de encenderse la lámpara, en que falta fuego; que ha de alumbrar una luz que no arde; que la inspiracion y el genio pueden adquirirse por precio en pública almoneda, y que el Arte que levanta el alma hasta los cielos ha de plegar sus alas para descender al espíritu de todo el que le busca y le desea.

Es preciso pasar el Desierto para llegar á la Tierra prometida; es necesario subir al Tabor para transfigurarse; y para el Arte, el Tabor y el Desierto son la inmensidad y la grandeza de la inspiracion artística. Cuando el orador traspasa las montañas y los mares y penetra en el seno de la creacion hirviente; cuando interroga los eternos secretos de la Naturaleza ó se abisma en las cavernas insondables del alma; cuando con su espíritu desgarrar las nieblas de la historia y huella con su acento el polvo de los siglos; cuando la Diosa de la libertad aparece radiante á las miradas de un público deslumbrado, y como chispas, al choque sacudidas, brotan anuncios proféticos de su discurso, es porque todo eso vive en su alma, porque su espíritu es tan alto, que eso va en su seno, con toda su grandeza, vivificando sus creaciones en los resplandores de lo divino.

Allí hay arte, porque allí se crea; allí hay inspiracion, porque hay belleza; allí hay fuego, porque hay entusiasmo; y en aquella cascada de palabras que brotan ardentísimas y apasio-

nadas, hay tanto calor como en el torrente de lava que se precipita sobre la tierra; sólo que éste, fuerza brutal de la Naturaleza, entierra bajo sus plantas Pompeya y Herculano; y el otro, armonía sublime del espíritu, es el Verbo de la redención humana.

Decid vosotros si el orador se hace, si la elocuencia se adquiere; y si respondeis afirmativamente, si decís que vale lo mismo un metrificador que un poeta, y que son iguales un orador y un retórico, cubrid con negros paños la estatua de la belleza y lloremos sobre su sepulcro, ya que seamos incapaces de comprenderla.

En una y otra forma han reconocido estas verdades ilustres y distinguidos escritores. Hermosas frases consagra el inmortal autor de las *Instituciones oratorias* á la improvisación, sin la cual entiende que se debe renunciar á esa carrera *et solam scribendi facultatem potius ad alia opera convertit*. Hay, dice, una facultad á que los griegos llamaban "Ἀλογον τριβην, por la cual se apercibe lo que sigue, ántes que la palabra enuncie lo que precede.

Cicerón declara que los retóricos producen *non oratores, sed operarios lingua celeri et exercitata*. (Brutus, 18, 83.)

Cormenin clasifica los oradores en improvisadores, recitadores y lectores, y rechazando casi del arte los dos términos últimos de esta división, afirma que sólo es orador verdadero el que improvisa; pero: «Nunca le juzgueis según las reglas y métodos del discurso escrito y premeditado; no le leáis nunca; id á oírle y colocaos en los bancos del auditorio: el improvisador no va á la tribuna por sí propio, sino porque le oyen, y pudiera muy bien decirse que no hace otra cosa que formular los pensamientos de su auditorio, respirar sus pasiones y declarar su voluntad. Hay vida en su palabra, porque hay realidad; hay fuerza, porque lo toma de todo lo que le rodea; hay oportunidad, porque habla de los hombres del momento y del instante, delante de esos mismos hombres; si la asamblea está exaltada, no podrá permanecer frío, ni vehementemente si ella está en calma; no emprenderá su vuelo ni desplegará sus alas desde lo alto de una montaña, mientras la

asamblea camine tranquila por la llanura; se pone á su disposicion, marcha de acuerdo con ella y parece que la sigue, hasta que la domina y la encadena, y pasando desde detras á la cabeza, la conduce y precipita en su propia carrera. El alma del improvisador corresponde en un todo al alma del público; ámbas se tocan, se comunican, se mezclan y se confunden; el improvisador sube ó baja, tiende la mano al auditorio para atraerle; el auditorio le tiende la suya, le secunda maquinalmente en cierto modo, busca con él las palabras que faltan, le aguijonea, le hostiga y le anima con su aliento, como el fogoso caballo hostiga y anima con su resuello al escudero que delante camina. Hacen juntos la jornada, y juntos llegan al fin; en cada detencion, en cada paso se descubre un punto de vista nuevo, un efecto inesperado, una palpitation, una emocion, una gracia. El improvisador no sabe todo lo que va á decir, ni cómo lo va á decir; es muy confiado; deja la playa, se arroja á las olas, despliega allí su vela de púrpura, y sostenido en los brazos del auditorio, todos los corazones palpitan por él desde la ribera.»

Si no quereis, señores, admitir como opinion mia la identidad de la inspiracion y la elocuencia, os bastarán seguramente estas frases bellísimas de Timon para que no vacileis en afirmarla, como fecunda en resultados. Desde luego levanta la dignidad de la Oratoria (no del discurso) á la categoría de *forma pura* como la poesia y hace tan grande ó más grande la mision del orador que la del poeta. Contra esta doctrina se aduce la existencia del fin social, que se supone, domina y dispone la forma, sin reparar que la desigualdad que se muestra entre unos y otros discursos de los oradores, como en las varias obras de los poetas, bien á las claras evidencia que es una y la misma la inspiracion en ambas obras de arte y que lo mismo el orador que el poeta, sólo son orador y poeta en los instantes en que se agita en su alma el fuego santo de la belleza. Aquel *demonio* que avivaba el genio socrático, ni se presenta á todos, ni murmura siempre en los oidos el himno de lo grande y de lo sublime.

El concepto de la Oratoria (no del discurso, que es ya obra

realizada, en que la forma vive sobre la realidad á que se ha aplicado), tal como acabo de formularlo, y como bellamente lo expresa M. Ballande, se opone á aquella doctrina, atribuida á Quintiliano, de que sólo puede servir á la verdad y ser orador el hombre honrado. Como arte, la poesía está fuera de esta relacion lo mismo que la oratoria: ¿no hay obras magníficas de este género que obedecen solamente á motivos personales? Cuando Marco Tulio lanzaba contra Vatinio y Antonio su poderosa palabra; cuando Demóstenes se dejaba llevar por el odio á Mídias y á Esquines, ¿no vibraba en sus frases el rayo, miéntras faltaban á la verdad ó á la conveniencia? Sin duda que hay un juicio ético sobre cada discurso; pero hay ántes y primeramente otro juicio artístico, que es inmediato y que hace unir las palmas y prorumpir en vítores y aplausos, ante los discursos más opuestos á nuestras convicciones y á nuestras creencias.

Tambien el ilustre arzobispo de Cambray llegó á entender que sólo la verdad podía ser objeto de la elocuencia, y por su boca dijo Demóstenes en aquel hermosísimo diálogo con el orador romano: *Este fué el empleo que hizo de ella Platon, á quien ni tú ni yo hemos imitado*. Ahí teneis negada la finalidad propia de la belleza, por confundir eternamente el arte con la obra artística cumplida.

No más que estos problemas son los que en mi sentir deben tratarse en la literatura respecto al orador. Poco influyen para lo que debe decirse del auditorio, elemento en realidad extraño al arte, del cual el orador debe tener perfecto conocimiento, no por el fin estético, sino por el social ó religioso que se proponga; pero traen en cambio una modificacion profundísima á los métodos y sistemas de la retórica clásica, con lo cual extraordinariamente se varían las reglas y moldes, á que, segun los preceptistas, debía sin remedio sujetarse el discurso.

Para comprender el alcance de esa identidad entre la inspiracion y la elocuencia, se hace preciso recordar la definicion de la Oratoria. La distingue de la poesía, como ántes indicaba, el tener otro fin á más de la belleza, fin que consiste en arras-

trar á los demas á las propias creencias y convicciones que el orador predica y constituye el fondo del discurso (que influye seguramente en él, requiriendo mayor ó menor grandeza y prestándose ó no prestándose á las hermosuras de la palabra); pero que, sin embargo, puede ser expresado bajo mil aspectos, aunque teniendo siempre en cuenta que como nada produce al hombre efecto más inmediato que la belleza, la hermosura de la forma consigue más en un momento solemne, que todas las argumentaciones de la lógica.

Teniendo en cuenta esta finalidad relativa de la Oratoria, se la puede definir diciendo *que es el arte de persuadir (ó convencer) mediante formas bellas artísticamente presentadas*, lo cual está muy léjos de contradecir ninguna de las afirmaciones anteriores y mucho ménos de autorizar á Hegel para decir que «la idea de la elocuencia no debe buscarse en la libre organizacion poética de la obra de arte, sino más bien en la simple conformidad á un fin.» Equivocóse, en mi opinion, el gran estético, al modo, que erró Kant al definirla como «arte de engañar mediante una hermosa apariencia,» y fué causa del engaño de ámbos, como del de Fenelon al afirmar «que sólo se distingue de la oratoria la poesía, en que la una pinta con más entusiasmo y rasgos más vivos que la otra,» un olvido muy generalizado de lo que significa y representa la Oratoria en el cuadro general de la literatura.

Es ley reconocida por los psicólogos la unidad orgánica del espíritu humano, mediante la cual unas en otras intervienen sus facultades, sin obrar nunca exclusiva y aisladamente, evitando así en la existencia espiritual del hombre *hiatus*, ó soluciones de continuidad, que con su brusca transicion, quebraran la divina armonía de esa misteriosa esencia, que va de continuo buscando como suya la morada donde eternamente residen el bien, la verdad y la belleza. Esta ley se refleja, como es consiguiente, en la literatura y es la cifra que declara el secreto de sus géneros y sus divisiones, explicando á un tiempo, cómo la Oratoria es unas veces arte de persuadir, y lo es otras de convencer; cómo el orador toca tan pronto en la altí-

simas concepciones del poeta, como en la fría y árida exposicion del científico.

Representa la Oratoria la conjuncion de la Didáctica con la Poesía; se une á ésta, en cuanto caben, inspiracion y belleza en sus modos de expresion; se enlaza con aquélla en cuanto el fondo ó realidad de que el artista se apodera es un propósito que ha de inculcar al ánimo de sus oyentes. Segun la importancia ó condiciones que este propósito reviste, nacen los géneros distintos, que en la Oratoria se manifiestan.

Pero como de todos modos sería brusca una transicion, desde la realizacion pura y única de la belleza, á la subordinacion de ésta á un fin cualquiera, en los mismos géneros poéticos va revelándose esta finalidad lentamente y paso á paso, como preparando el ánimo para la aparicion de la Oratoria. Desde la lírica en que el poeta canta, como el pájaro, sin regla y sin objeto las más veces, hasta el drama social que reviste una trascendencia imposible de desconocer, pasando por los cuadros vastísimos de la epopeya, la intencion de la sátira ó la enseñanza de la comedia de costumbres; hay una escala de tan infinitos tonos, una *gamma* de tantos y tan variados efectos, que, bajo el punto de vista de la finalidad, no cuesta ya trabajo pasar á la novela, ni de la novela á la Oratoria, en la cual otra vez los géneros renacen para presentar la transicion última, por la cual se llega al final de las clasificaciones literarias.

Y es tan claro este principio y tan notable la gradacion que dentro de la misma Oratoria se observa, que bien puede afirmarse que, si bajo el punto de vista literario se distingue la Oratoria por la forma de la exposicion y porque no hay espacio en que crear caracteres, bajo el punto de vista estético, hay ménos distancia entre una oracion y una novela, que entre un discurso político y una defensa en causa civil. Se explica satisfactoriamente esta afirmacion, recordando la ley expuesta sobre la unidad orgánica del espíritu; lo mismo que los últimos géneros poéticos tocan en la Oratoria, rozan los últimos géneros oratorios con la Historia y con la Didáctica; si no hay solucion entre los dos primeros términos de la gran division

literaria, tampoco la hay entre los últimos ; la evolucion que falsea el mundo y las leyes de la Naturaleza, es legítima y santa en el mundo del espíritu y del arte. Una prueba basta para demostrarlo : quitad á una peroracion política ó religiosa el principio y el fin, y, sin embargo, se conocerá siempre que fué un discurso ; quitad eso mismo á un discurso académico, á una acusacion ó á una defensa, y parecerá, sin inconveniente alguno, un escrito de demanda ó un trabajo crítico para una Revista. Ahí teneis en el primer caso la Poesía, en el segundo la Didáctica dentro de la Oratoria ; ahí teneis el secreto que enlaza la Lírica con la Historia y la obra doctrinal ; la última razon literaria que confirma las enseñanzas estéticas de que el Arte es *forma*, lo mismo en la poesía que en lo que de arte tienen la Historia, la Didáctica y la Oratoria.

Con estos conceptos, el sentido y significacion de la elocuencia se enaltecen ; el orador debe reunir en sí el poeta y el sabio ; y á la manera que cada uno por su lado llega á cumplir una mision sagrada, él debe realizar la de ámbos para que el discurso sea perfecto ; enlazar la inspiracion y la idea, dando á una realidad infinita una forma más grande todavía, y haciendo de la Oratoria, segun frase del inmortal Eurípides, *la soberana de las almas*.

A ninguno de vosotros se oculta cuánto y cuánto influyen estas advertencias para las condiciones artísticas que deben cumplirse en los discursos de cada género. Entiendo, como decía Ciceron, que la elocuencia es *una* ; pero en el sentido que Ciceron lo decía. Es una la Oratoria, como son *unos* los miembros de las clasificaciones todas, sin perjuicio de sus divisiones interiores ; pero no está propiamente la distincion de los géneros en el asunto á que se aplican, sino en las condiciones artísticas que, para cada uno, deben usarse. Así como en la Poesía cada objeto tiene su lenguaje, y no se escribe lo mismo un madrigal que un himno heróico, en la Oratoria no reviste iguales caracteres la sagrada que la forense, y es, en mi opinion, un error, en que han incurrido casi todos los retóricos, exponer *à priori* las condiciones del discurso para dividir despues en géneros, que más ó menos levemente se diferencian.

Juzgándolo todo en la Oratoria producto de la reflexion y del pensamiento, entendiendo que en el discurso no hay inspiracion y su belleza es solo insignificante y pasajera, tal vez tenga razon de ser este sistema; pero desde el momento en que levantamos la elocuencia á la altura de la inspiracion y la Oratoria la coloquemos entre las Bellas Artes, afirmando su carácter de nexo entre la Poesía y la Didáctica, ese método se hace imposible, y necesario juzgar ántes los géneros oratorios, para tratar del discurso despues de examinar cuáles de aquellas se aproximan á la libertad infinita de la Poesía y cuáles deben ir sujetos al rigor lógico del pensamiento; en una palabra, qué condiciones deben asignarse á la Oratoria poética y á la didáctica, á la que convence y á la que persuade.

Aun cuando rara vez dejan de confundirse los géneros oratorios, hay, sin embargo, rasgos á que puede acudirse para fundamentar en ellos una division que se hace necesaria. Teniéndolos en cuenta, y prescindiendo de la clasificacion aristotélica, seguida por Battëux y por Ballande, y de otra que ha alcanzado gran boga hasta nuestros dias, y sólo admite tres términos, estimo que marchando de lo más bello á lo ménos bello, de lo más libre á lo más lógico, puede entenderse la Oratoria dividida en oratoria *sagrada, política, académica y forense*.

Nada más poético ni más grande que la mision y la palabra del orador sagrado. Subido á la cátedra del Espíritu-Santo, llena su alma del fuego de la fe, exaltado unas veces, ante un siglo que juzga delirante ó escéptico, lleno otras del nobilísimo entusiasmo de guiar las conciencias, ávido de las santas del espíritu, y herido por la saeta del amor divino, como la cierva de los Psalmos, teniendo ante su vista lo eterno y lo perdurable, lo limitado y lo finito, á Dios por ideal y la conciencia por norma, inflamado del deseo de confirmar á sus fieles y convertir las almas de todos, ¿qué extraño que su palabra se pierda en los espacios, que su voz vibre conmovida y pura, que sus imágenes cieguen y deslumbren, que la grandeza de sus pensamientos abisme y que alcance el último grado de lo sublime, con las audacias sin ejemplo de su espíritu, ó con los

rasgos de ternura de su creencia? ¿Qué mucho que Massillon, Bossuet ó Bourdaloue pudieran en su vuelo de águila coger la esencia impenetrable de lo divino y presentarla vivísima y radiante de hermosura ante sus fieles congregados?

Lo mismo el sermon que el panegírico y que la oracion fúnebre, pueden alcanzar esta belleza: en todas ellas está Dios, el Dios cristiano, con que ha nacido y de que alienta la oratoria sagrada. Que en ella no se trata de convencer, sino de persuadir; que no cabe en ella ni la polémica, ni la pasion personalísima, ni la razon filosófica, sino la inspiracion, cosa es que á primera vista se adivina; va al sentimiento y le sacude con la belleza, busca la razon y la llena de lo divino; halla la voluntad y la encadena. Decid vosotros si el pensamiento obedece nunca de ese modo inmediato á la lógica, si la ciencia halla ese efecto secretísimo del arte, ante el cual todas las diferencias se quiebran y todos los antagonismos se deshacen en la unidad divina de la belleza.

En la elocuencia sagrada, todo es arte, todo es poesía; cuando predica la moral, no busca razones teológicas que la prescriban, sino que ofrece ejemplos y súplicas, que van al corazon de los oyentes; cuando es panegirista idealiza; cuando es plática encanta, y cuando toca á Dios y se embriaga en su amor infinito, la palabra falta al orador, y la figura no basta á lo expresado; el genio se sumerge en lo absoluto, y del símbolo brota lo sublime, como de la imágen la belleza.

El cardenal Maury trazó en su libro sobre la *Elocuencia de la Cátedra*, su más bella y expresiva imágen. Allí mostraba por una encantadora alegoría de un amigo que persuade á otro, cómo se insinúa con dulzura, pide ser oído, toma el acento de la piedad, y poco á poco expone sus razones, presentando los argumentos de la evidencia, con la reserva de la duda: si no se le comprende, se queja, adivina las objeciones y las rechaza, reviste el lenguaje del sentimiento, acude al reproche, descubre el precipicio y lo engrandece con las galas de la poesía, baja hasta la súplica, da libre curso á sus suspiros, y si llega á vencer, se deshace en himnos de regocijo; y despues de este retrato pálidamente extractado, pregunta: «Y qué,

guna mision tan divina se limita á los artificios de un retórico? No, sin duda... Degradaría vuestro ministerio si no estableciese, sobre las gradas mismas del trono del Altísimo, el punto de apoyo de esa palanca, que la religion coloca en nuestras manos, para mover á un tiempo todos los corazones.»

Pero ¡ah señores! es tan difícil ser buen orador sagrado; es tan imposible tocar en lo divino sin mancharlo, que son pocos, muy pocos los que lo han conseguido. Lo más grande está al lado de lo más pequeño, y la elocuencia sagrada se ha empequeñecido muchas veces. Pero entónces no hay términos medios: lo infinito, para entrar en lo finito, se destruye, y cuando al púlpito ha subido la pasion política; cuando han faltado alientos al orador para rasgar el misterio de los cielos; cuando de aquella cátedra divina se ha querido discutir, ó se han dejado llevar de retóricas pretensiones, no ha habido ya remedio, y la oratoria sagrada ha caido, desde las plantas de Dios hasta la tierra, envilecida y deshonorada, como cae inerte y despeñada por el espacio el ave que perdió la vida entre sus giros.

Un grado más baja que este altísimo grado de la inspiracion producida en el espíritu del hombre, está la oratoria política, del mismo modo que lo que toca á la humanidad está un grado más bajo de lo que á Dios y á lo divino se refiere. Lo que pierde en sublimidad lo gana en vehemencia y apasionamiento, y lo que su objeto tiene de ménos alto, lo compensa en extension y variedad. Cuantos problemas interesan á las naciones; cuántas cosas pueden ser de cuantía para los derechos de los ciudadanos, todo cabe y todo halla lugar en la oratoria política. Tan varia, como las pasiones y los afectos del hombre; tan múltiple, como la organizacion de las sociedades modernas; tan viva y tan ardiente, como la lucha de los partidos, la elocuencia del Parlamento, del *meeting* y de la prensa hiende los aires como el rayo, chocando y rompiendo leyes, gobiernos é instituciones. En ella sola caben aquellos prodigios de que Cormenin nos hablaba; en ella, como en ninguna otra, se doma al auditorio inquieto y rebelde; en ella se exaltan los

odios hasta lo imposible, y por su medio se promueven esas tempestades de la palabra, de cuya suerte depende en ocasiones el porvenir y el honor de los hombres y de los pueblos.

Pero así como la oratoria sagrada ha de revestir siempre los caracteres de lo sublime, la elocuencia política puede perder la parte de sus condiciones bellas y aproximarse á la oratoria académica ó á la forense, buscando en vez de la persuasion el convencimiento. Tal, por ejemplo, cuando se discute un plan de Hacienda ó una de esas reformas que afectan intereses puramente civiles, sin llegar á los sociales ó religiosos.

El nervio, el alma de la elocuencia política, es la discusion. Cuando frente al orador, que defiende una idea, se levanta dispuesto á contestarla otro orador ilustre, y lo mismo que en las luchas de la naturaleza dos serpientes se enroscan y se despedazan, retuercen y despedazan ellos los argumentos contrarios, y excitados por sus propios pensamientos, lanzan sus lenguas de fuego sobre esas improvisaciones, que son la gloria de la tribuna; cuando la elocuencia es una batalla en que el triunfo es la persuasion del público y en que hay sus astucias y sus heroicidades, su táctica, su fuerza y su grandeza, sólo que en vez de pasar sobre cuerpos palpitantes y destrozar campos y ciudades, se pasa sobre las palabras del enemigo y se destrozan sus doctrinas, el hombre presiente la aurora de otras edades más piadosas, en que á las terribles carnicerías de la guerra sustituyen las luchas del espíritu humano, en que no hay más arma, ni más violencia, que la energía sagrada del pensamiento y los arranques gigantescos del alma.

Las últimas clases de oratoria política, las ménos apasionadas y las ménos bellas vienen á enlazarse con los primeros de la oratoria académica, en cuanto á la relacion de finalidad, distinta á la relacion de belleza, ya que ésta quepa en alto grado en algunas clases de la académica. Justo será confesar, no obstante, que cuando más esta elocuencia se levanta, es cuando toca problemas en que la ciencia y la teoría se enlazan á la creencia política ó religiosa. Mas hechos como éste, harto repetidos en la práctica, no han de servir para asignar los caracteres en que las definiciones se fundan, sino simplemente,

y con tal objeto lo señalo, para no olvidar aquella ley de la unidad orgánica del espíritu humano.

Faltando á ella abiertamente, niegan determinados retóricos este término de las divisiones oratorias, diciendo que de sus subdivisiones, la principal es el elogio, que debe estudiarse en el panegírico, y la ménos importante, memorias y discursos leídos, forma parte de la Didáctica. Ni el elogio es la principal manifestacion de la oratoria académica; ni los discursos leídos forman parte de la Didáctica, por más que enseñen; ni la elocuencia del profesorado está tan desprovista de condiciones especiales que deba pasar desapercibida. La Cátedra, el Ateneo, la Academia, ofrecen siempre el sello de la propaganda, y el esfuerzo de la persuasion y del convencimiento es siempre grande, ya porque se procura atraer inteligencias vírgenes, ya porque se desea rendir en la discusion al contrario.

No se presta la oratoria académica á tanta inspiracion como la política ó la sagrada. Tiende á enseñar ó á convencer, y entra en ella por mucho la razon para que vuele libremente el genio; la pasion vivísima de momento no tiene en ella cabida; pero exenta en cambio de todo carácter de personalidad, tiene amplísimo campo en que desarrollar la elegancia, la correccion y la belleza, campo que aumenta conforme va de la enseñanza elemental á la superior, del discurso escrito al hablado, de la Academia al Ateneo.

Seguramente, bajo el punto de vista de su fin, no sé cuál está más cerca de la Didáctica, si la elocuencia académica ó la forense; pero entiendo que es bien pequeña la diferencia entre ámbas. Si la una expone la ciencia para que sea aprendida ó discutida, la otra presenta la ciencia de la ley en casos prácticos y especiales; si la primera enseña y convence, tambien convence y enseña la segunda: no hay otra diferencia sino que la una tiene por fin inmediato la enseñanza, mientras la otra defiende con sus recursos científicos los intereses de una parte.

En la relacion estética no se ofrece duda de ningun género; cabe más belleza en la académica que en la elocuencia forense. Sin duda que en los negocios criminales pueden tener lá

pasion y el sentimiento un lugar importante; pero no es propiamente á la ley ni á la causa á quien lo debe, sino á consideraciones morales, políticas ó religiosas, con las cuales procura el abogado, prescindiendo del derecho positivo, vencer los ánimos de los jueces. Ese es el término superior de la oratoria forense, como la discusion de un Ateneo es el término superior de la académica. En los negocios civiles ni aún eso cabe; cuestiones complicadas en que las mallas infinitas de la ley impiden toda amplitud al abogado; asuntos de por sí antitéticos á la inspiracion y al arte, todo parece que conspira á la decadencia de la oratoria forense, que realmente no deja espacio, sino para la lógica, la correccion ó la sobriedad del estilo. Y sin embargo, puede tanto la inspiracion, que venciendo esos obstáculos, salvando todos esos inconvenientes, han sabido algunos hallar entrada á la pasion, han levantado el hombre sobre la ley, y la idea santa del derecho ha creado en nuestros tiempos grandes oradores forenses, de tanto mayor mérito, cuanto que ni aún campo para ello tenían con la actual organizacion de la justicia. Comparad con los trabajos de esos oradores las defensas y los discursos de otros abogados en igual caso, con igual finalidad jurídica, y despues de ver la diferencia, decid si en la Oratoria está todo determinado por el objeto, si no hay en ella inspiracion, y si donde hay belleza no está el arte, tan grande como Dios, de donde nace, sacando sus portentosas creaciones de la nada. Pasad la vista por todos los géneros oratorios; calculad las incalculables bellezas de que pueden revestirse; pensad si es fácil lograrlo sólo con el estudio, y despues, confesad sin recelo que la libertad es la ley del espíritu y que el arte es espontáneo y libre; pero decidlo muy alto, decidlo de la Oratoria lo mismo que lo hemos dicho de la Poesía; sacudid de toda servidumbre la belleza, no sea cosa que se manche al roce de los vicios y de los errores de las escuelas. Al afirmarlo, no hareis mas sino proclamar una ley divina que vive en la conciencia y que sólo enturbian prejuicios y apasionamientos pasajeros.

Hé aquí cómo pasan y se mezclan y confunden, unos en otros, los géneros oratorios hasta llegar á la Didáctica, arran-

cando de la Poesía, y cómo gradualmente la inspiracion va dejando el dominio á la enseñanza y á la ciencia. Fecundos sobre todo extremo para el estudio de las condiciones del discurso son estos resultados.

El desdó y la afición á imitar las reglas de una elocuencia griega, harto decadente cuando llegó á Roma; el empeño de los retóricos en reducir la oratoria á formas materiales, arrancándole la espontaneidad y la vida; la sustitucion de reglas técnicas á la inspiracion creadora, produjeron un concepto tal del discurso, que cuatro lugares comunes, expresados en formas huecas, pero ajustadas á todos los preceptos, bastaban para conquistarse el nombre de orador aplaudido. El cuadro tristísimo de la caída de la Oratoria en Roma, elocuentemente descrito por Lammenais, se refleja en Ciceron mismo. Ciceron es grande orador cuando olvida que es retórico, cuando se apasiona y llega á adquirir la energía y la sublimidad de Demóstenes: ¿qué comparacion admite la oracion *Quousque tandem* con la *Pro lege Manilia*? Y sin embargo, no hay retórico que no cite como modelo la segunda.

Frente á estas escuelas, recordando la noble virilidad de la palabra, atacando la oscuridad, la confusion y el énfasis, volviendo por los fueros de lo natural, escribe Quintiliano sus *Instituciones oratorias*. La historia de Roma parece ser la historia del mundo, y esta revolucion que causa Quintiliano trae en sí los gérmenes de la elocuencia nueva: por eso he recordado sus *Instituciones*. Hay seguramente en ellas doctrinas que hoy no pueden darse por válidas; hay cierta confusion entre el fondo y la forma del discurso, que no debe extrañarnos en quien siendo, no crítico, sino [maestro, acertó á dar su division de exordio, narracion, digresion, proposicion, division, confirmacion, refutacion y peroracion, no como forma, sino como orden lógico del discurso; no como algo que toca á su belleza, sino como secreto para obtener otro fin distinto del estético: la persuasion que se desea. Cargos, y muy graves, podrían dirigirse á los que malamente se han llamado imitadores de Quintiliano, y aplicando rigurosamente á la forma estas indicaciones lógicas, amenazaban no consentir otra oratoria que la académica.

ó la forense, ó reducirla toda al triste estado de que alcanzó á redimirla el ilustre maestro.

Claramente comprendió esto mismo nuestro célebre Capmany, y así no vacila en declarar que la filosofía, que no es más que la razon, reduce á dos solamente las partes de la elocuencia, que son: elocucion y pronunciacion. «En estas cualidades, dice, se funda el arte de hablar bien, en el cual no se comprenden la invencion y la disposicion; porque lo primero, como quiera que sea, es la traza del argumento, y el argumento pertenece á la dialéctica, si no nos queremos desentender de la doctrina que nos dejaron Aristóteles, Platon y Marco Tulio. El fin de la elocuencia es adornar la oracion con las galas y luces del estilo, y el de la dialéctica formar discursos y raciocinios.»

Ved si esta teoría de nuestro afamado retórico comprueba lo que yo me había atrevido á indicaros.

Hay partes del discurso, pero es del discurso pensado ó escrito, que tiende á convencer, segun acertadamente distingue Bautain; hay divisiones interiores, pero que no proceden del arte ni afectan al arte, sino que arrancan de las condiciones mismas del fondo del discurso, segun reconoce M. Ballande; hay un deseo científico de convencer, pero hay tambien una forma bella; hay inspiracion, hay genio, hay arte. El ilustre orador español que aconseja á los oradores se acostumbren á improvisar, ¿cómo había de querer reducir el discurso á esos moldes en que pretenciosamente han querido encerrarle algunos retóricos? Todas esas reglas quintiliáneas de inapreciable mérito, de utilidad infinita, no son un cánon infalible, son un consejo, y como tales las exponía el maestro: todas esas partes de la obra necesitan ser friamente pensadas, y sirven en un discurso dialéctico para suplir con la fuerza del estudio el aliento de inspiracion que les falta; son necesarias para el académico, para el abogado. ¿Quién irá á pedir las en la exaltacion religiosa de la predicacion ó en el ardimiento inagotable de una lucha política? Tanto valdría identificar el estado de inspiracion del que escribe un poema con el reflexivo del que trabaja un libro de historia. Olvidar esta distincion capital é interna de la Oratoria,

aclarada admirablementé por Bautain; prescindir de que unas veces es el sentimiento el que mueve y otras la razon la que habla, ha sido el error capitalísimo de los que han escrito arte retórica ó arte poética. No hay arte del Arte; no hay más que críticas, consejos y advertencias: la creacion artística podrá ser, á lo sumo, regulada, jamás producida; y todo principio que se proclame infalible, toda regla que se dé por inconcusa, ataca la libertad y santidad de la belleza. La Oratoria, como arte bello, lleva en sí misma su medida, y bajo cualidad de bello admite todo dentro de sí, y todo es legítimo y está justificado en ella á condicion de que, no produciendo un contraste ó una impresion desagradable, haga decir á los que escuchan: *Non erat hic locus*.

«Si despues de haber escuchado á un hombre, pensaba La Bruyère, os sentís mejores, más fuertes y á la vez más indulgentes; si la bondad penetra en vuestra alma á un tiempo que la luz se hace en vuestro espíritu, no busqueis otra razon más para juzgar al orador: es elocuente.»

Esas son las únicas reglas á que la Oratoria debe por su forma atenerse, y serán eternas por su verdad maravillosa las páginas nunca bien celebradas que sobre ello escribe Quintiliano.

«Fáltame aún, dice el ilustre escritor al terminar el estudio de las partes del discurso, tratar lo que concierne á las pasiones en general, materia mucho más difícil y que tiene por objeto el arte importantísimo de conmover el espíritu de los jueces, de manejarlo y para decirlo de una vez, de metamorfosearlo á gusto nuestro. Es preciso considerar esta materia desde la altura que se merece y estudiarla desde su principio, porque, como llevo dicho, las pasiones se extienden á todas las partes del discurso. Su naturaleza es muy compleja para poder ser tratada de paso, y puede decirse de ellas que son lo más importante del arte oratorio; un espíritu mediano, con ayuda de los preceptos y de la experiencia, basta para las demas partes y hasta para sacar de ellas ventajas bastante considerables. Seguramente se ven y se han visto oradores suficientemente hábiles para encontrar pruebas y razones; no desprecio su mérito; pero creo que no se extiende más allá del que sirve para instruir á

los jueces y hacer que nada se olvide; y para decir lo que me parecen esos oradores, los creo dignos de los que no ambicionan otro talento que el de defender una causa con orden y elegancia. Pero hacerse dueño de las costumbres, volverlas á su gusto, arrancar lágrimas ó excitar la cólera con palabras, es ya más raro. Por esto el orador domina; eso es lo que imprime movimiento á la elocuencia; porque los argumentos nacen las más veces del fondo del asunto, y cuanto más justa es la causa, tantos más contiene; de modo que el que haya ganado, por medio de estos argumentos, puede decir que no ha carecido de abogado. Cuando es necesario hacer violencia al espíritu de los jueces, y separarlos de la verdad, es cuando comienza realmente la obra del orador, y esto es lo que el litigador no enseña, ni pueden enseñar sus notas. Las pruebas hacen, en verdad, que los jueces juzguen mejor nuestra causa, pero hacen que la juzguen segun ellas, miéntras lo que se quiere se cree al mismo tiempo, porque desde que comienzan á entrar en nuestras pasiones y á dejarse llevar de la cólera ó del favor, del odio ó de la piedad, hacen de nuestra causa la suya propia, y á la manera que los amantes juzgan mal de la belleza, porque el amor los ciega, lo mismo el juez á quien la pasión domina, pierde fácilmente la facultad de discernir lo verdadero de lo falso; el torrente le empuja y se deja llevar...

»Dirija el orador todos sus esfuerzos á este objeto: que sea esta su obra y su trabajo, sin lo cual todo lo demás será desnudo, vacío, débil é ingrato. ¡Tan cierto es, que las pasiones son el alma y la vida de la elocuencia!» (Quint., lib. vi, capítulo ii.)

(Se continuará.)